

César Vallejo

La piedra cansada



GENIO MALIGNO

CÉSAR VALLEJO

La piedra cansada

GENIO MALIGNO

La piedra cansada, de César Vallejo.

Esta obra se encuentra en dominio público en la República Argentina (Ley 11.723). Última muerte relevante: 1938. Dominio público en Argentina desde el 1/1/2009.

Texto tomado de Wikisource en español: https://es.wikisource.org/wiki/La_piedra_cansada. La transcripción de Wikisource se distribuye bajo licencia Creative Commons Atribución-CompartirIgual 4.0.

Edición digital: Genio Maligno, biblioteca de dominio público. geniomaligno.com.ar

Personajes, por orden de entrada

TOLPOR

EL ARQUITECTO

EL SIERVO

KAURA

RUNTO

KASKA

UN ANCIANO

DONCELLA PRIMERA

DONCELLA SEGUNDA

UYURQUI

MAMA PAYO

UN CHASQUI

CAMPESINO 1

CAMPESINO 2

UN MIEMBRO DEL CONSEJO DE LOS ANCIANOS

UN SOLDADO

UN VILLAC
HERALDO
VILLAC UMO
OKAWA
MAMA CUSSI
EXTRANJERO
SALLCUPAR
CHASQUI BLANCO
CHASQUI NEGRO
CHASQUI ROJO
NAYDAMI
ORUYA
ONTALLA
UNA ANCIANA
UN ANCIANO
HUACOPA
PASTOR
PASTORA
LA MUJER

Quechuas / Amautas / Auquis / Coro invisible de Niños / Mujeres /
Pirucs / Oficiales / Quipucamayos / Voces de hombres / Voces de mujeres /
Corofemenino / La Farándula

ACTO PRIMERO

Cuadro Primero

La escena representa varios muros megalíticos, formando parte de un baluarte en construcción de la fortaleza de Sajsawaman. Pórticos, pasadizos, escalinatas. Algunas ventanas trapeciales acabadas, otras inconclusas. Al pie de los muros, bloques sueltos, de diverso tamaño, gruesas sogas, grandes parihuelas y otros materiales y útiles de albañilería. Atmósfera ciclópea.

La escena, antes de empezar el espectáculo, muestra el telón levantado, y la decoración aparece, por consiguiente, visible al público.

Al sonar el timbre, todas las luces del teatro se apagan y reinan en él oscuridad y silencio completos. El alba desciende lentamente a posarse en el más grande de los bloques que están sueltos al pie de los muros, dejando el resto del tablado sumido siempre en las tinieblas. Cuando la claridad del día inunda la escena, aparece, sentado al pie de dicho bloque, Tolpor, los codos en las rodillas y el rostro entre las manos, hundido en la cavilación. Pasos convergentes de multitud resuenan en torno al escenario. Del ruido rítmico y tumultuoso, de estos pasos, nace, sin solución de continuidad, la

obertura del Himno al Sol.

Por distintas partes de la escena, acuden presurosos al trabajo, picapedreros y albañiles, con sus útiles de trabajo en la mano. Reunidos en la escena, cantan el himno en coro, inmóviles, hieráticos, mientras el sol se eleva tras los muros del baluarte. Tolpor levanta la cabeza y se restrega los ojos.

LOS QUECHUAS, *terminando el canto, saludan:* — ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella!...(*Rodean la gran piedra e intentan moverla con lazos y palancas*)

QUECHUA 1, *de lo alto de los muros:* — ¡Mama roca! ¡Hermosa piedra! ¡Un día más alumbra tu cansancio! Un día más que vamos a tratar de levantarte. ¿Subirás? ¿Cederás, por fin, a nuestras sogas y champis?...(*Todos permanecen inmóviles, mirando ansiosamente el bloque fatigado*)

QUECHUA 2, *de lo alto de otro muro:* — Es inútil. Las canteras de Pissaj tienen entrañas pesadas, como las mujeres estériles.

QUECHUA 3, *abajo:* — Las piedras de Pissaj tienen el pecho malo, torcida la mirada terrenal. Desde que saltan de la cantera, hasta que se incorporan en las fronteras, dejan en pos de sí exterminio, sangre, lágrimas, muchas vidas difuntas, aplastadas por su ciega e implacable pesantez.

QUECHUA 4, *abajo:*** — ¡Las piedras de Pissaj son las más bellas del reino!

QUECHUA 5, *de lo alto de los muros, a la vez :* — ¡Bloque telúrico, levántate!

QUECHUA 6, *de lo alto de los muros, a la vez :* — ¡Basalto endemoniado, subirás!

QUECHUA 7, *de lo alto de los muros, a la vez* : — ¡Lúgubre roca!

QUECHUA 8, *abajo*: — ¡Piedra entera, orgullosa! ¡Piedra piedra!
¡Basalto de grano tan apropiado para los grandes dentajes como para las
simples aglutinaciones! ¡Cede! ¡Cede!

QUECHUA 9, *de lo alto de otro muro*: — ¿Qué tienes, mama roca?
¿Qué te ocurre? ¿Estás durmiendo acaso? ¿Sufres? Te duele algo, quién
sabe?... ¿Sueñas?...(*todos aguardan de nuevo la respuesta de la piedra*)
¡Responde! (*Pausa*)

TOLPOR, *desde el muro más alto*: — ¡Trabajadores de la
piedra! ¡Constructores de los templos, de los palacios y de las ciudadelas!
Dos aves misteriosas han cantado, esta noche, en las ramas de mi molle: el
pájaro de una sola ala y el...

UNA VOZ, *interrumpiendo ansiosamente*: — ¿Y el pájaro áptera?

TOLPOR: — Só Y el pájaro sin alas. (*Voces y movimientos de sorpresa*).
Cuando se retiraron los luceros, el molle, de quieto que estaba, empezó a
estremecerse y retorcerse, como si le doliesen las yemas de sus hojas.

QUECHUA 10: — Así hacen todas las plantas en retoño.

TOLPOR: — Me levanté del lecho, miré por la rendija de la puerta...

QUECHUA 11: — ¡Malo! ¡Los secretos de un árbol son sagrados!

TOLPOR: — Asentado sobre una rama baja...

VARIOS, *vivamente*: — ¿El pájaro sin alas? ¿El ave áptera?

TOLPOR: — No. El pájaro de una sola ala. ¡Un animalillo delicado
pero, a la vez, feísimo, espantoso! Tenía el cuello enarcado en dirección de
mi cabaña, como si me espicara. Un calofrío recorrió mi cuerpo. Ahogué un
grito y me volví a mi cama, horrorizado.

VARIOS: — ¡Desgracia! ¡Reveses militares! ¡Malas guerras!

TOLPOR: — Pero he aquí que, apenas me hube retirado de la puerta, oí que el pajarruco lanzaba un graznido ronco, grave, sostenido...
(*Murmullos. Emoción*)

QUECHUA 12: — Para que muera el Inca Pachacútec, se oyó al mismo animal graznar sobre los techos del palacio de Kassana.

VARIOS: — Viracocha proteja a su pueblo.

TOLPOR: — El molle se puso entonces a bramar, como si anunciase tempestad. Sentí luego que el ave abandonaba el ramaje...

QUECHUA 13: — El vuelo de esos pájaros no se oye: es tan callado, tan imperceptible, como el vuelo del alma, al pasar de la rama de la vida a la rama de la muerte.

TOLPOR: — Poco después, un canto —esta vez fue un canto y no ya un graznido— un canto erró en la noche. ¿De dónde salía ese canto?...

QUECHUA 14: — El canto del ave áptera es la voz de los fetos en los vientres de sus madres.

QUECHUA 15: — Es la voz de los pumas desgraciados.

QUECHUA 16: — Es la voz de las plantas, que lloran por los hombres.

TOLPOR: — ¡Buenos trabajadores de la piedra, arquitectos de la más grande fortaleza del Tahuantinsuyo! ¡No hay cántico más bello ni más triste que el cántico del pájaro sin alas!

QUECHUA 17: — ¡Basta! ¡A la faena! ¡No dependen del hombre los designios del destino, ni el canto de las aves!

TOLPOR, *baja del muro y, con aire de misterio, mirando fijamente ala piedra cansada:* — Se perdió junto a ella. ¿Qué se ha hecho?... No lo sé...(Los demás le dejan hacer, intrigados. Tolpor da vuelta

entorno de la piedra, como buscando algo) Vino directamente del molle y se detuvo aquí, no cabe duda...

QUECHUA 17: — ¿Qué se detuvo aquí, junto a la piedra?

TOLPOR, con exaltación: — ¡El ave sin alas está aquí! ¡Debajo, de la piedra fatigada! *(Risas. Tolpor invoca al bloque en alta voz)* ¡Guijarro cansino! ¿Dónde está? ¿Pasó?... ¿Le escondes? ¿Se refugia tal vez bajo tu masa?...*(Empuja a dos manos la piedra y le grita enfurecido)* ¡Say Jusca! ¡Mama roca! ¿Dónde está? ¿Te lo has tragado?...*(Vuelve a empujarla con todas sus fuerzas)*

TODOS, con repentino asombro: — ¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!... ¡Se ha movido! ¡Se ha movido! *(Un canto, infinitamente triste, palabras, cruza por encima de los muros. Los quechuas paran el oído)*

TOLPOR, con la mirada deslumbrante en alto: — ¡Ahí está!... ¡Ahí está!...*(El canto se aproximay se precisa: es el arquitecto, jefe de los trabajadores de la fortaleza, que viene cantando. Tolpor y los demás trabajadores, al verle, se apresuran a mover el bloque, por una vasta maniobra común)*

TODOS, alborozados, al arquitecto que descende una escalinata entre los muros: — ¡Se ha movido! ¡La piedra cansada se ha movido!...

EL ARQUITECTO: — ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ociosos!

LOS QUECHUAS: — ¡La piedra fatigada se ha movido!

EL ARQUITECTO: — Bien. El Inca había expresado su deseo de asistir a su levantamiento. Previamente, quiero verla moverse, por sí misma. ¡Disponeos! ¡Champis! ¡Sogas! ¡Picas!...

(El telón ha empezado a caer en medio del ajeteo de los quechuas, que se disponen a mover el bloque)

TELÓN

ACTO PRIMERO

Cuadro Segundo

Al levantarse el telón, un reflector descubre, en medio de la oscuridad total del escenario, a un siervo sentado en cuclillas frente al público, en la primera grada de una escalinata dispuesta horizontalmente a las candilejas. Delante del siervo, sentado en el suelo, un aríbalo de barro, de base plana y de dos asas. El quechua canturrea una aria, entre cortándola con recitados.

EL SIERVO, *tras un canto, recita:* — Las lluvias han empezado. Los sacerdotes escrutan en el color de las serpientes nuevas, el incierto porvenir y la mortalidad del año. ¡Viracocha sonría a su raza! ¡Que la tierra produzca el tallo que da sombra y frescura, la semilla que nutre y prolífica, la flor que se abre para los tabernáculos, para las cunas y las tumbas!... *(El siervo canta y, de nuevo, recita)* ¡La gran festividad del Situase aproxima. Las diez puertas de los diez templos se abrirán. Al compás de tamborcillos encintados, danzarán las ñustas, al ingresar ala pubertad, y de los desiertos australes, áridos y salados, vendrán nuevos mitimaes, trayendo misteriosos animales, de colas lacias y abundosas!... *(El siervo canta. Luego, poniéndose de pie y levantando a dos manos y hasta la altura del rostro, el aríbalo)*

¡Señor Sol! ¡Padre del mundo! ¡Este es el vaso de Kaura!... *(Se queda en éxtasis, el rostro alzado al cielo)* ¿Qué va a caer en el vaso de arcilla de mi ñusta?... Ayer cayó en él un insecto, de esos que, con zumbido suave, arrullador, suelen guiar y orientar a los ciegos que viven en la selva. ¿Cómo vino hasta aquí, vivo, este insecto? ¡Es el milagro!... Otro día, cayó una gota de sangre de un cóndor que iba herido por la altura. Hoy... *(Acercando ansiosamente el oído al gollete del aribalo)* ¿qué cae? ¿Qué ha caído?... *(Se queda oyendo)* ¡Oigo adentro adentro un suspiro! ... ¡No! ... *(Petrificado)* ¡Una raíz! ¡Una raíz!... ¡Una raíz, con una raicilla!... ¡Han caído en el vaso dos raíces! *(Pone precipitadamente el aribalo sobre su cabeza, vuelve la espalda al público, sube la escalinata y desaparece en el oscuro fondo de la escena)*

TELÓN

ACTO PRIMERO

Cuadro Tercero

Cámara en el palacio de Uyurqui, rectangular y toda de piedra pulida. Adosados a los muros, cuatro monolitos ornamentales. En torno, bancos de piedra, cubiertos de pieles felinas y cojines de lana de alpaca. Por el suelo, alfombras y más pieles. A la derecha, segundo plano, una puerta. En el muro del fondo, ventanas abiertas al cielo.

Kaura está sentada en el suelo, sobre una piel de jaguar, a la derecha de la escena. Dos doncellas sostienen, de pie, un pequeño telar portátil, en el cual la ñusta teje una honda.

Al pie de cada monolito, un amauta anciano, sentado, consulta enanchas y finas hojas de plátano, viejos caracteres. Hay un silencio.

AMAUTA PRIMERO: — Durante el reinado de Sinchi Roca, las Escogidas del Acllawassi tejieron con lana de las alpacas del Hatun, una faja para el príncipe heredero. En la faja aparecían bordados, en vívidos tintes vegetales, todos los animales del reino, cada especie dentro de su clima y paisaje propios. Asombraba la sutileza de los hilados, y compleja era su disposición, según los colores y matices. Pero desconcertaban, sobre todo, la

habilidad y acierto con que se sucedían las sombras y las luces en las pieles y plumajes de los animales. La retina sufría extrañas desviaciones a la vista de la faja maravillosa... Y he aquí que el príncipe heredero, cuando escrutó la faja, para captar su contenido en todos sus detalles y pormenores, lloró sangre y volvióse ciego... *(Por la puerta de la derecha, entra el siervo del cuadro anterior, portando su gran aríbalo sobre la cabeza. Los amautas y las doncellas se vuelven a él y le siguen con la mirada. Sólo Kaura no le ve, sumida como está en su telar y en sus reflexiones. El siervo da, ritual y lentamente, la vuelta a la cámara y va a detenerse ante el amauta que habla, posando el cribalo en el suelo, delante del anciano. Luego se dirige hacia la puerta por donde entró y vase, en medio del silencio general. Pausa. El amauta que hablaba, añade)* ¡Unancha yawarpa!...

AMAUTA 2, volteando una hoja: — Las cinturas de los reyes van fajadas con los ríos de llanto de sus pueblos.

AMAUTA 3: — En las cinturas de los príncipes caben todos los círculos, menos uno.

AMAUTA PRIMERO: — A propósito de ciegos: ¡ser extraño es un ciego! ¡Extraño! ¡Sibilino!... ¡Un día, el sol entrará en el alma de los ciegos y no volverá a salir tras de los Andes!

KAURA, alegre, despreocupada, examinando su tejido: — ¡Será una honda peregrina! ¡Verde rana, rojo huayruro, cinabrio, otro verde, y oro delavadero!

AMAUTA 4: — ¡Ñusta, acuérdate que el verde con el verde dan oráculo funesto!

KAURA: — Hace algún tiempo, Sajta, mi prima, del señorío de los yungas, salió por la mañana, de caza al bosque, con amigas. Entradas en la

espesura, Sajta fue la primera en disparar su honda. El cadáver de un joven campesino, fue hallado, a pocos pasos, con una herida de piedra en la frente. Tibios aún estaban sus cabellos. Desde entonces, para dar forma viva a su piedad por esta desgracia, Sajta lleva, prendida al pecho, una mecha de cabellos del quechua muerto involuntariamente por su mano.

AMAUTA PRIMERO: — Los astrónomos chancas aseveran que no es bueno enamorarse de un cadáver.

KAURA: — ¡El pobre! ¡Era un joven del pueblo! Un pastorcillo.

AMAUTA 4, *hundido en otra suerte de reflexiones:* — Una cuestión me embarga desde hace mucho tiempo. Entre los trece pecados que un hombre del pueblo puede cometer, figura el del adulterio en cuarto lugar y el de amar a una mujer de estirpe, en séptimo lugar, y, sin embargo, el pecado del adulterio es castigado con la muerte por el frío. ¡Enigma de las leyes!

KAURA, *se hecha a reír:* — Venerables amautas, el amor es una fiera misteriosa, que tienen las zarpas apoyadas sobre cuatro piedras negras: la piedra de la cuna, la piedra breve, asustadiza, de la boca, la gran piedra del pecho y la piedra alargada de la tumba.

LOS CUATRO AMAUTAS: — ¡Palabras de una gran sabiduría!
(*Entra Runto Kaska*)

RUNTO KASKA: — ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella!

KAURA: — Runto Kaska, bienvenido. (*Los amautas tornan a su lectura en silencio*)

RUNTO KASKA: — Princesa, el Inca va a asistir esta tarde al levantamiento de una piedra cansada, en Sajsawaman. La kolla irá también y desea que formes en su séquito.

KAURA: — Amable mensajero, nuestra kolla es indulgente.

RUNTO KASKA: — La ñusta más hermosa del Imperio forma parte, por derecho propio, de la corte de los Incas.

KAURA, *que mira por una ventana, ahoga un grito, amedrentada:* — ¡El koyllur! ¿El koyllur, en pleno mediodía?

RUNTO KASKA: — ¡Halagüeño presagio, Kaura!

KAURA, *bajo, inclinada, en una queja:* — ¡En otoño, nadie sabe lo que anuncia su presencia al mediodía!

RUNTO KASKA: — ¡Que los dólmenes de oriente nos sean propicios! ¡Que los luceros del sur pasen sobre las tumbas tutelares!... (*Disponiéndose a partir*) ¡Princesa!... (*Kaura siempre inclinada*) ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella! (*Runto Kaska se inclina y vase*)

AMAUTA 3, *leyendo profundamente:* — Más allá de la puerta, está el camino. ¡Más allá de los labios, el aliento! ¡Más allá de las alas, está el vuelo!... (*Kaura, taciturna, retorna a su telar, se sienta y teje*)

AMAUTA 2, *leyendo, profundamente:* — ¡Más triste que los pasos, son los pies! ¡Más lejos que la muerte, está la vida! ¡Más duele el ser amado, que el amar!... (*El amauta, ante quien puso el siervo el aríbalo, se levanta. Los demás amautas, las dos doncellas y Kaura le miran alejarse, reconcentrados, graves.*)

TELÓN

ACTO PRIMERO

Cuadro Cuarto

Suena el timbre, se apagan las luces de la sala y, antes de alzarse el telón, se oye en el escenario el ruido de una labor de masa: choques de piedras y de picas, pasos apresurados, voces confusas. Luego, un redoble lejano de tambores. Exclamaciones: "¡El Inca! ¡El cortejo imperial! ¡Las calli-sapas! ... ¡Las princesas amarillas!" cesa el ruido de trabajo. Un coro femenino entona, acercándose, el haylli, y el telón se levanta lentamente, dejando ver una segunda sección de los baluartes en construcción de Sajsawaman. Un gran muro circular a medio alzar, con un pasadizo o pórtico lateral, segundo plano izquierda. El muro, mirando al público, da lugar, en el proscenio, a una especie de rotonda, con salida a ambos lados de la escena. Una muchedumbre de trabajadores, puestos de rodillas y dando frente al pasadizo lateral izquierdo, oyen, los ojos alzados al cielo, sumidos en un éxtasis místico, el coro femenino invisible. Un silencio profundo impera luego en el tablado.

LA MULTITUD, *puesta de pie, aclama al emperador:* —
¡PaytaYuyarina! ¡Alma de la luz! ¡Estandarte de la Aurora! ¡Lloque

Poderoso!...(La muchedumbre calla y reina otro silencio, durante el cual los quechuas miran absortamente por la puerta de la izquierda)

QUECHUA PRIMERO, en alta voz y como en una invocación: — SayKusca! ¡Mama roca! ¡Piedra cansada! ¡Cuántos años echada en el paciente terraplén! ¡Cuántos años en torno a tí hormiguan las muchedumbres,esforzándose en alzarte!

LA MULTITUD, en coro: — ¡Vanamente! ¡Vanamente!

QUECHUA 2: — ¡Te han agitado, golpeándote: te han suplicado, te han llorado!

LA MULTITUD: — ¡Vanamente! ¡Vanamente!

QUECHUA 3: — ¡Te han llamado a grandes gritos, ayudándote por todos lados, tirándote con sogas!

LA MULTITUD: — ¡Vanamente! ¡Vanamente!

QUECHUA 4: — ¡Las aguas llovedizas removieron las tierras en que yaces, arrastrándolas consigo, mas tú has seguido fija, inmovible!

LA MULTITUD: — ¡Como piedra! ¡Como piedra!

QUECHUA 5: — ¡De lejos, los pastores, al buscar sus ganados, te solían mirar, al caer la tarde, con medrosa piedad, como a las piedras de las tumbas!

LA MULTITUD: — ¡Vanamente! ¡Vanamente!

QUECHUA 6: — ¡Los buitres y los buhos asentábanse en tu pecho por las noches; en el día, los trinos de los árboles y las rugidos de las madrigueras arrullaban tu cansancio misterioso, tu tenaz indolencia material!

LA MULTITUD: — ¡Vanamente! ¡Vanamente!

QUECHUA 7, en un grito de asombro: — ¡Viracocha! ¡La

levantan! ¡La levantan!... *(La multitud contempla el levantamiento de la piedra, con una mezcla de estupor y vago terror. El coro femenino entona el itu. De pronto, un formidable estrépito se produce por el lado del pasadizo izquierdo y retiembla toda la fortaleza. La multitud lanza un alarido, seguido de un silencio de muerte. Y luego, gritos de espanto y voces de socorro. La muchedumbre va y viene, despavorida)*

VOCES: — ¡Cayó! ¡La piedra de Pissaj! ¡cayó! la piedra...

(Entre la multitud aparecen príncipes y dignatarios de la corte, y algunas sipakoyas, desmayadas, cruzan sostenidas por gente del pueblo. Tolpor viene por la izquierda, sosteniendo en sus brazos a Kaura, desfalleciente, lívida)

TOLPOR, *escrutando ansiosamente el rostro de la ñusta:* — ¡Agua!... ¡Agua!... ¡No respira!... *(Se detiene en medio de la escena, da de nuevo unos pasos, vuelve a detenerse, llamando con angustia a la princesa)* ¡Ñusta! ¡Princesa! ¡Tonapa Camaj!... *(La ausculta. Kaura, lentamente, vuelve al conocimiento; se incorpora con trabajo y, al encontrarse sus ojos con los de Tolpor, permanece primero estupefacta; luego sonríe al albañil y le acaricia el cabello. Tolpor deslumbrado inclina la frente, en el momento en que, por la izquierda entra Runto Kaska precipitadamente)*

RUNTO KASKA: — ¡Kaura! ¡Kaura!... *(Un remolino de gente arrastra a Kaura y Runto Kaska por la derecha. Tolpor, como hechizado, sigue con la mirada, ansiosamente, a la princesa)*

TELÓN

ACTO PRIMERO

Cuadro Quinto

Ante el pórtico del Koricancha. Numerosos quechuas cruzan, descalzos o de rodillas en señal de adoración, ante el templo del Sol. Los hay que entran o salen de él. Algunos niños van de la mano de jóvenes villacs, llevando altos tallos de maíz. Un piruc anciano sale del templo, a la cabeza de un pequeño ayllu: mujeres, niños y adolescentes campesinos, de cuyas rodillas penden florecillas y sonoros piruros de cobre.

Al pie de una pilastra, hacia el lado izquierdo del pórtico, dos doncella hacen arder hojas de coca en un zahumerio consistente en un cráneo humano.

Tolpor aparece por la derecha, abstraído, la mirada perdida en el vacío. Grupos de gente se apartan de él, con mezcla de piedad y repugnancia, por no haberse descalzado ante el lugar sagrado.

ANCIANO, severo: — Entra al templo. Repara tu falta... *(Tolpor se arrodilla ante la pilastra y se abisma en sus reflexiones)*

TOLPOR, saliendo de pronto de su ensimismamiento, jubiloso a las doncellas: — Mi antara, hermosas vírgenes, se compone de trece

carricillos... (*Las doncellas se vuelven a él, risueñas y sencillas*) Los sujeta y une una doble redecilla de tendones pertenecientes a un gigante colla, muerto por mi padre, como hondero del Inca, en la célebre batalla del Jonday.

DONCELLA PRIMERA: — ¿Sabes tocar el antara?

TOLPOR: — La hago hablar lo que quiero. Cuando toco, va sujeta a mi cuello por un bello trenzado de cabuya. Y cuando no la uso, la guardo en un estuche de piel de rana, embutido de ornamo, datara sanguínea y otras yerbas vilcas, de las que se sirven para frotarse el cuerpo los adivinos aterrados.

DONCELLA SEGUNDA: — ¿Dónde vives? ¿Cómo te llamas?

TOLPOR: — Soy Tolpor, el albañil.

DONCELLA SEGUNDA: — ¿De qué ayllu eres?

TOLPOR: — De los taucasquis. Vivo en los arrabales del Hurin-Cuzco, cercadel palacio de Yucay.

DONCELLA PRIMERA: — ¿Y tu familia?

TOLPOR: — Mi madre y una hermana. El padre murió de mal viento, cojido al pasar delante de la tumba de una adúltera. ¿Y vosotras?

DONCELLA SEGUNDA: — Mitimaes de la montaña. ¿Dónde trabajas?

TOLPOR: — Riego en estío los oasis y grutas de recreo de Yucay, y enotoño, trabajo en las fortalezas y acueductos.

DONCELLA SEGUNDA: — ¿Por qué no entras al templo?

TOLPOR: — ¿Por qué no entro al templo? Porque, antes, voy a hacer unaablución en el Huatanay.

LAS DONCELLAS, *sobrecogidas*: — ¡Oh!...¡No nos toques!

¡Vete!...(Seasen una a otra, retirándose y aislando a Tolpor)

TOLPOR: — ¿Hermosas mitimaes, montañas señoras, conocéis el amor? ¿Habéis amado ya? Alejaos de mí, pero escuchadme...

DONCELLA PRIMERA: — ¿El amor?... El amor cuentan que nace a la sombra de las palmeras florecidas.

DONCELLA SEGUNDA: — El amor viene en los buches de los cóndores del norte. Es una piedrecilla azul, que cura el mal de la distancia.

TOLPOR, riéndose como un niño: — El amor, desconocidas, no viene de planta ni de animal. El amor, todo el amor y todos los amores del mundo, nacen del pecho humano. Lo sé. Lo sé por experiencia. Mi amor, el amor que me nace esta tarde, lo he soñado durante soles, lunas y estaciones, al tañer los carrizos de mi antara...(Las doncellas también ríen, infantiles)

DONCELLA PRIMERA: — ¿Y dónde anda tu novia? ¿Quién es ella?

TOLPOR: — ¡Mi novia es una ñusta! ¡Una ñusta aterrada! Ha acariciado mis cabellos...

LAS DONCELLAS, aleladas: — ¡Una ñusta!... ¡Es una ñusta!... ¡Otra impiedad! ¡Otra blasfemia! ¡Vete! ¡Manchas! ¡Vete! ¡Vete!... (Se apartando él. Algunos transeúntes se detienen a observar la escena. Tolpor, bruscamente ensombrecido, se descalza y penetra, la frente inclinada, en el Koricancha)

TELÓN

ACTO PRIMERO

Cuadro Sexto

Tarde en una encrucijada de caminos, en Chokechaka. En el centro de la escena, un dolmen de piedra en forma de serpiente. En torno, arboledas. Auquis y sipacoyas celebran, presididos por Uyurqui y mama Payo, la entrada a la pubertad de Kaura. Delante del dolmen, la asistencia está sentada en dos filas, de espaldas unos a otros — por parejas — sobre dos largos bancos de madera, tapizados de yerba y dispuestos de un extremo al otro del tablado. Al fondo, detrás del dolmen, los padres de Kaura aparecen sentados en un alto y grueso tronco de árbol recién trozado y cubierto aún de hojas y ramajes. Un grupo de vírgenes, vestidas de rojo, están de pie, una al lado de cada asistente, sosteniendo, en una mano un vaso y en la otra una rama de blanco algodón en flor. Kaura, ataviada de plumas policromas y guirnaldas de flores, está de pie entre sus padres, dando frente al público. Uyurqui y mama Payo la tienen tomada por las manos.

Un coro de niños invisibles entona el cántico ritual de laquipuchika. Al terminar el canto, impera un largo y profundo silencio. Después, las vírgenes alargan los vasos a los asistentes y éstos liban ceremoniosamente.

Hay una nueva pausa.

AUQUI PRIMERO: — En las quipuchikas antiguas, no se libaba esencias de cortezas, según creo. Lejanas invasiones extranjeras, procedentes del sur, introdujeron en el reino, mucho antes que su unidad fuese fundada, el licor del lunático tallo macerado. En las quipuchikas antiguas, particularmente, al celebrarse el ingreso a la pubertad de las mujeres, se bebía una chicha de maíz, fuerte y amarga. La virgen núbil solía embriagarse en el festejo y las palabras que decía en el trance de su embriaguez, servían a los padres de clave para leer su porvenir.

UYURQUI: — ¡Una práctica bárbara!

AUQUI 2: — Lo que hay de cierto es que no todos los ayllus del imperio celebran este rito de la misma manera.

VARIOS: — No. No. En efecto.

AUQUI 2: — En la región de los bosques orientales, se desnuda a la virgen y se la hace dormir, envuelta en hojas de plátano, en un calvero salvaje de los bosques. Las fieras vienen, al olor de la nueva sangre.

VARIAS SIPACOYAS: — ¡Dios del agua! ¡Torrentes! ¡Cascadas! ¡Tempestad!

AUQUI 2: — Silenciosos, los elásticos oseznos, lamen castamente sus muslos dormidas en flexión de esperanza, y los viejos jaguares se apelotonan en torno, formándole una muralla hirsuta de defensa invulnerable.

UYURQUI: — Conozco la costumbre. ¡Es formidable!

AUQUI 2: — Es raro que la virgen sea atacada por algún puma famélico o en celo o sea abandonada por su guardia felina: que una herida de hombreo de animal en la fibra recién florecida, anuncia esterilidad o

muerte prenupcial.

AUQUI 3: — En ciertos ayllus porus, la virgen vierte en la cabeza de su padre un aríballo de zumo de lima verde, trasegado en dos tazas de basalto. No debe hacerse "sebo" la cabeza. La más leve oleosidad en el cabello anuncia matrimonio fatal, sin descendencia.

SIPACOYA PRIMERA: — Entre los watallas y los maulas, los votos no se elevan el día de la pubertad, sino el día de las nupcias.

SIPACOYA 2: — Los ayllus cazadores de las cordilleras del norte atribuyen presagio de adulterio el graznido de un búho, el día de la pubertad de unamujer.

UYURQUI: — A este propósito, el simbolismo del transeúnte de estamadrugada no deja de embargar mi curiosidad.

MAMA PAYO: — Una visión extraña. Eso me inquieta.

UYURQUI: — Yo sé, naturalmente, que si el desconocido iba llorando, sería ello motivo de inquietud por la virgen. Si cantaba, ya es otra cosa...

MAMA PAYO, a Kau, tiernamente: — ¿Astilla de su tronco, qué será?

UYURQUI: — ¿Era acaso un pastor de los rebaños sagrados, que buscaba una alpaca extraviada? (*La asistencia, en un solo movimiento, demuestra su incertidumbre, alzándose de hombros*) ¿Era un chasqui cansado, que, acuestas con la carga de algún triste mensaje, se detenía a orientarse a la luz del amanecer? (*La asistencia se alza de hombros*) Dormía o soñaba. De repente, la voz de un canto extraño —digamos que era un canto— estremeciome. Me asomé a la ventana. El resplandor del alba despuntaba, y una sombra indecisa estaba pegada al muro del camino...

Llamé. ¿Quién eres tú — dije — que de tal manera cantas o lloras en la penumbra del alba?

AUQUI 4: — ¡No se sabe si cantaba! ¡No se sabe si lloraba!

AUQUI 3: — ¿Aún era la noche? ¿Era ya el día?

MAMA PAYO: — Era entre cielo y cielo. ¿Cómo precisar?

AUQUI 5: — ¿Quién era, en fin? ¿Lo dijo?

UYURQUI: — He consultado al oráculo; lo ignora. ¿Era, acaso, un centinela del palacio imperial vecino, que soñaba, al despuntar el día sobre el valle, con la comunidad natal y distante, de donde partiera, una tarde, uncido a los ejércitos del sol?... (*La asistencia se alza de hombros, sumida en la mayor incertidumbre*) Volvió a cantar... o a llorar; volví a llamar... ¡Dime, al menos — le dije — dime si es que cantas o lloras!...

SIPACOYA 3: — ¡Atroz incertidumbre: no se sabe si cantaba; no se sabe silloraba!...

SIPACOYA 4: — Fue tal vez un mitimae fugitivo, que habiendo sufrido el tormento de las leyes...

UYURQUI, interrumpiendo: — Y antes que viniese el día y se fuese la noche, fue él, el misterioso. Yo le dije entonces, poseído de repente e inexplicable malestar: ¡Aléjate! ¡Es mejor! Ya está clareando el día. ¡El sol puede enfadarse a tu vista, y del lugar manchado por tus plantas brotarían malas yerbas, a cuyo aliento se pudrirían las murallas del Cuzco, se formarían pantanos en el reino, morirían los coraquenques, se secaría el Huatanay, arderían los sembríos, la roña devoraría los graneros y, en los futuros chacus, en vez de las alpacas del Inti, vendrían cóndores negros, portando en sus garras el caos y las tinieblas!... ¡Aléjate de prisa! Tu voz — llanto o canción — es venenosa como la sangre de los niños abortados...

(Un gran silencio sigue a las palabras de Uyurqui)

AUQUI 6: — Nadie llora cantando. Nadie canta llorando. Debió, pura y simplemente, ser un canto.

TODOS, *levantando sus vasos en un brindis:* — ¡Un canto! ¡Un canto! ¡Uncanto! ¡Por la virgen! ¡Por sus nupcias! ¡Por su prole! (*Beben*)

AUQUI 7, *el más viejo de los asistentes, de pie, sacerdotal, en un encantamiento:* — ¡Himno a la sangre!...

TODOS, *de pie, en coro:* — ¡Viracocha, principio de los gérmenes!

AUQUI 7: — ¡Que los maridos engendren ayllus sanos, vigorosos; que las mujeres paran reinos organizados, florecientes!

TODOS: — ¡Viracocha, principio de los testes y los vientres!

AUQUI 7: — ¡Que los vástagos crezcan, respiren, trabajen, piensen, amen, procreen y perezcan!

TODOS: — ¡Viracocha, principio de la cabeza del cuerpo, fin de los pies del alma! (*Pausa de unción profunda. Kaura avanza, ágil, sonriente y se coloca delante del dolmen, siempre frente al público. El auqui del encantamiento se aproxima a ella y, poniendo las manos sobre la cabeza de la ñusta —ambos inclinados mirando al suelo— hace una invocación en alta voz al dolmen. La asistencia escucha, de pie, mirando al monolito*)

AUQUI 7: — ¡Guijarro tutelar, padre del polvo, abuelo de la piedra, dios del hogar! ¡Esta es la nueva virgen que te ofrece la Pareja! (*Corto silencio*) ¿Es su signo un lucero de la mañana, un gran río tranquilo, una espiga, un mamífero?... ¿Dónde pondrá la sien en su cansancio? ¿Dónde hallará la ruta en su breñal? ¿Dónde, para su entraña, el hijo de los hijos?... (*Corto silencio. Un auqui y una sipacoya se toman de la mano y, haciendo un arco de ellas, vanse por el foro, ella de espaldas al dolmen, él con los ojos*

filos en la piedra; desaparecen en la arboleda)

PRIMERA VOZ DE HOMBRE, invisible: — ¡Yo te daré, núbil doncella, la puerta de tu casa!

PRIMERA VOZ DE MUJER, invisible: — ¡No la abras ni la cierres: entórnala, mujer! *(Vase la pareja de la misma manera que la anterior)*

SEGUNDA VOZ DE HOMBRE, invisible: — ¡Yo te daré una lámpara de arcilla!

SEGUNDA VOZ DE MUJER, invisible: — ¡Enciéndela a los ojos de los otros; apágala a los de tu amado! *(Otra pareja)*

TERCERA VOZ DE HOMBRE, invisible: — ¡Yo admiraré la salud y hermosura de tus vástagos!

TERCERA VOZ DE MUJER, es un sollozo. *(Sobresalto y emoción en los personajes que quedan en la escena. El auqui del encantamiento levanta los ojos. Todos miran en torno con gran ansiedad. Un rumor de viento viene de la arboleda, crece, retumba)*

AUQUI 7: — ¡El viento! ¡El signo de la virgen es el viento! *(Vuelven de la arboleda las parejas y todos empiezan a bailar y a cantar. Se paran. El auqui 7 exclama)* ¡Cae la noche! ¡Acechan las malas sombras! ¡Danzad! ¡Cantad! ¡Alejadlas con ruido y movimiento! *(Poco a poco las parejas se dispersan y desaparecen de la escena, donde no queda, al fin, más que Kaura, en la creciente oscuridad de la noche. Inmóvil, junto al dolmen, ella sonríe)*

KAURA: — Yo también, he oído, al amanecer, cantar o llorar al que pasó... No fue una visión... *(Ocultando el rostro y destrozando algunas hojas de las que la adornan)* El padre se pregunta si era canto o era lloro, pero sé yo que era un canto que lloraba y un llanto Que cantaba, voz arrobadora

que ha dejado en mis oídos un rastro inefable...

MAMA PAYO, *apareciendo por el foro*: — No es bueno, criatura, quedarse sola con el dolmen este día. Las almas de los antepasados cruzan bajo la tierra tutelar, imperceptibles, de puntillas, y si los seres que amaron mucho en este mundo exhalan en torno de la virgen núbil perfumes bienhechores, los hay, aquellos que habitó el odio en la tierra, que la asedian con hechizos infernales. Ven... Vámonos... Prudencia, criatura... *(Mama Payo la toma del brazo y las dos se van por el foro. Pausa... Angustiado, aparece Tolpor, ¿en busca de Kaura? Escucha, torna,espera; y otra vez torna, escucha... Silencio y sólo silencio... Caviloso,triste, lento, se aleja, desaparece)*

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Cuadro Séptimo

Cabaña de Tolpor, al atardecer, en los alrededores del Cuzco. A la derecha, puerta abierta a la calle. Okawa está ocupada en tatuar, con un punzón de cobre candente unos platos de madera, canturreando o comentando por momentos su labor. Un pequeño hogar arde a su lado.

OKAWA, considerando el dibujo que acaba de hacer en un plato:
— Cabeza de venado bien derecha. Como mirando lejos, al fondo de un país desconocido. ¡Ya!...(Toma otro plato y canta. Tras un instante, considerándolo en alto) ¡Qué amarillo tan extraño! ni oca dulce ni mashua amarga. ¿Pecho de vicuña salvaje?... Tampoco. Se diría... se diría tamarindo macerado. O más bien, color de camino polvoriento, abandonado bajo el sol...(Toma otro plato)

VOZ DE MAMA CUSI, desde el fondo de la escena: — ¡Date prisa, Okawa!

OKAWA, hablando para sí: — ¿Tantos platos para qué? Plato que sobra — dice el proverbio — es boca de un ausente que no come (*Alzando la voz*) Madre, ¿cómo son los platos en que yantan las vírgenes del Sol?

VOZ DE MAMA CUSI: — Los hay blancos, morados, lapislázuli...
tatuados en el fondo de figuras misteriosas.

OKAWA, *para sí:* — Y el plato de la carne es negro y no tiene figuras.

VOZ DE MAMA CUSI: — Ve si viene el extranjero, Okawa.
(Okawawa corriendo a la puerta de la calle y mira hacia afuera)

OKAWA, *retornando a su labor:* — Ni noticia, madre. *(Luego, soña-dora, para sí)* Y el plato de la leche es una lámina de oro. Alrededor, hay incrustadas, figuras sacerdotales de caoba. Mas el plato de la fruta nadie lo conoce. *(Cesando de trabajar, cavilosa)* ¿La guayaba, de color chirimoya, la lima, de fragancia de manzana, cómo serán servidos en el plato que nadie ha visto nunca?... *(Se queda un momento pensativa y luego reanuda premiosa su labor, murmurando)* Y en cuanto a los vasos... Las vírgenes no saben lo que son vasos. Ellas liban en keros. Unos keros desnudos, sin grabados, sin colores: — keros tristes... *(Silencio. De pronto, Okawa lanza un grito y alza los ojos al cielo, apartando bruscamente el plato que tatuaba)* ¡Madre! ¡Madre! ¡Los pumas imperiales!

MAMA CUSI, *viniedo del fondo, llena de ansiedad:* — ¿Los has oído? ¿Tú también no?

OKAWA: — ¡Chut!...*(Ambas escuchan. Tolpor viene por el fondo y también escucha. Okawa en un nuevo sobresalto)* ¡Otra vez!

MAMA CUSI: — ¡Sí, sí! *(Vuelven a escuchar)*

TOLPOR, *fatal:* — ¡Por fin! ¡Mañana, al rayar el alba!...(Okawa corre a la puerta de la calle y mira, ansiosa, hacia afuera)

MAMA CUSI, *impaciente:* — ¿No acaba de venir el extranjero? ¿Qué sucede?

TOLPOR, *inmóvil, sombrío:* — La guerra será larga. Unas diez lunas.

Sin contar dos de ida y dos de vuelta.

MAMA CUSI: — ¿Okawa, viene?

OKAWA, *apartándose de la puerta:* — No...Pasa gente... mucha gente... Mozos con ramos de siempre vivas...*(Se ve en efecto cruzar por la calle grupos de hombres y mujeres en gran efervescencia Mama Cusi, Tolpor y Okawa observan las afueras)*

MAMA CUSI: — ya vendrá, paciencia.

OKAWA: — ¡Un huaraca, mama! ¿Lo ves, Tolpor? ¡Otro! ¡Otro!...¡Todas las madres! Una va corriendo con un llanto de plata en las manos.

TOLPOR: — La hora de concentración en los tambos y cuarteles es la primera estrella de la aurora. Partiré... triste... sangrando...envenenado...*(Va y viene)*

OKAWA, *sin despegar los ojos de la calle:* — ¡Ojotas! ¡Fajas verdes!;Más ojotas. *(A Tolpor)* Y las tuyas, ¿dónde están?

TOLPOR: — Las tiene Sallcupar. Las de algodón.

MAMA CUSI: — Las de cuero y las de lana, están tendidas en el techo desde ayer, esperando los excrementos de los pájaros de paso.

TOLPOR: — Amar a una princesa... mal extraño... extraño sentimiento...

MAMA CUSI: — No desespere. Cálmate... partirás curado. Y la cuña de tu hacha de guerrero, cuando vuelva, reemplazará en la viga del hogar al arado tutelar del padre muerto...*(Un anciano con cara y aire de extranjero, con un tamborcito colgado a la cintura, aparece en el umbral de la puerta de la calle)*

OKAWA: — ¡Pucutur! ¡El extranjero!

EXTRANJERO: — Se aleja el equinoccio. La luz crepuscular se dilata en las colinas.

MAMA CUSI: — El ejército del Sol parte mañana.

TOLPOR: — Sí. Los honderos y los hacheros, con la noche; al venir el día, los arqueros, lanceros y animales de batalla. (*Avanzan hacia él en el centro de la escena*)

EXTRANJERO, observando el cielo: — Un tamaño ha sido dado a cada cielo. Cada ayllu tiene un cielo, y cada rey, y cada hombre.

TOLPOR: — Mi cabeza, extranjero, ha perdido su cielo; está sin cielo.

EXTRANJERO: — Y cielos hay muy grandes como solios, y otros, breves como puquios.

MAMA CUSI, con fervor: — ¡El cielo del Tahuantinsuyo es inconmensurable!

EXTRANJERO: — ¡Inconmensurable!... Pero ¿habéis observado que el pueblo, al rugido de los pumas imperiales, anunciando la expedición, no ha mostrado entusiasmo en las calles? El Iris ha pasado por la plaza de la Alegría; un grupo de jóvenes guerreros lo llevaban, seguidos de una muchedumbre...

TOLPOR: — ¿Y el pueblo ha mostrado indiferencia?

EXTRANJERO: — Sí... una extraña indiferencia. Ni un vitor, ni un aplauso. Las mujeres y los niños, asomados a las puertas, han contemplado fríamente el estandarte. Algunas ancianas han atravesado la calzada y han dado a beber a los guerreros unos tragos de chicha o han llevado a su boca algunos granos de maíz...

MAMA CUSI: — La campaña es lejana; las punas, escarpadas, insalubres...

EXTRANJERO: — Un turbio silencio por doquiera. Al desaparecer los futuros expedicionarios en el fondo del Hanai-Cuzco, una anciana se ha puesto a llorar. *(Cambiano de tono)* Vamos allá; en lo que toca al caso de este joven, *(habla a Tolpor)* no oculto mi sorpresa de ver que entre vosotros es crimen y pecado en un hombre del ayllu amar a una ñusta, coya o sipacoya. Entre los shiras, no: el mismo Rayo fecunda a vírgenes de la gleba y humildes alfareros a las hijas de los grandes sacerdotes. Y asimismo, hasta el viejo Viracocha, quien enciende vidas incontables en la carne glacial de lagartijas y de iguanas, con mozas sin linaje ni estirpe.

TOLPOR: — ¿Qué vas a decirme, tú extranjero? Obsérvame andar, ¿qué podrás encontrar en mis pasos que pueda esclarecer ante el amauta, lo que mi madre misma desconoce? ¿Cómo y por qué se quiere, fuesen quienes fueran, el ser a quien se quiere y el que quiere? Sallcupar, por desgracia, con tu parecer o sin él, no lo sabrá jamás.

EXTRANJERO, tomando de la mano a Tolpor, sale por la puerta de la calle: — Ven, sígueme. El amauta nos espera.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Cuadro Octavo

Una estancia en casa del amauta Sallcupar. Crepúsculo. Silencio.

VOZ DE SALLCUPAR, *salmodiante*: — ¡Una constante imagen viaja en lo más alto de su pensamiento: la imagen de la ñusta! ¡Una constante nota vibra en sus oídos: la voz de la princesa!... ¡Tolpor avanza entre la multitud, como llevado en alas de esa voz y en los rayos de luz de aquella imagen! ¡Una sombra le sigue: el remordimiento de amar a una ñusta!... (*Pausa*) ¡Un lugar hay en el mundo, al que nunca llegará el pie del hombre! ¿Cuál es ese lugar? ¿Dónde se halla ese lugar?... ¡Hay una ley también por descubrir para la dicha plena de este mundo! ¿Cuál es esa ley? ¿Dónde encontrarla? ¿Cómo dar con ella?... ¡Incógnitas! ¡Incógnitas! ¡Incógnitas!...

(Silencio. De pronto, un rayo del sol poniente entra y enciende una pequeña antorcha, segundo término derecha de la escena; un segundo rayo entra por otro lado y enciende otra antorcha al centro, y un tercero, otra, a la izquierda. Iluminada así la estancia, se descubre en ella una decoración severa y esquemática. Un juego circular de ventanas trapeciales, abiertas al

cielo. Las antorchas que acaban de encenderse, aparecen colocadas sobre tres gruesas columnas truncadas, hechas de tallos de árboles, blancas y de una altura un tanto superior a la estatura de una persona. La estancia continúa y se pierde por la izquierda de la escena; al desaparecer, el plafón sostiene, colgado a media altura, un gran disco de cobre a modo de campana. Sallcupar aparece sentado en el suelo, al pie del disco, de perfil al público y mirando a la izquierda de la escena. Pausa. Un tamborcillo empieza a sonar, lento, rítmico, monótono, lejano).

CHASQUI BLANCO, por la derecha con una bandeja negra: — ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ocioso! (*Se detiene junto a la antorcha del centro y se inclina ante Sallcupar*) En mi bandeja traigo un camino... Un trozo de camino... hallado en el rincón de una prisión. Partí con el alba y llego con la noche... He caminado, me he cansado y he vuelto a caminar... ¿qué otra cosa podría yo traerte padre, sino un camino...?

SALLCUPAR: — Apaga para verlo. ¿Es un camino? (*El chasqui apaga la antorcha del centro y el amauta se cubre los ojos con ambas manos. Pausa, durante la cual tan sólo se oye a lo lejos el tambor. Un chasqui negro viene precipitadamente por la derecha y se detiene junto a la antorcha del mismo lado. Sallcupar, descubriéndose los ojos y mirando de nuevo hacia la izquierda del tablado*) Por encima de la multitud y de los altos molles que rodean la Intipampa, se alcanza a distinguir los andenes del cerro Huanacaure, el torreón de Salkamarca, algunas torrecillas de templos y palacios. La muchedumbre rebulle de pronto y un vasto rumor se escucha. ¿Son los arqueros que irrumpen, precediendo aun tiro de honda, el anda imperial?...

CHASQUI NEGRO: — No, padre. No son los arqueros imperiales.

Es un joven que cruza la ciudad a paso rápido y ansioso...*(El tamborcillo sigue sonando y se acerca)*

SALLCUPAR: — Apaga para oírlo. *(El chasqui negro apaga la antorcha de la derecha y el tambor cesa de golpe. Silencio profundo)* Una nota... Una imagen... Una sombra... Una gran sombra... Y, a medida que atraviesa la ciudad, las dimensiones del mundo y de la vida se pelean su destino, como pájaros rapaces... *(Silencio. Luego, una queja dolorosa y aguda por la izquierda. Sallcupar poniéndose repentinamente de pie y sin despegar la vista de aquel lado de la escena)* ¿Quién?

UNA VOZ LEJANA, musical, desolada, en decrescendo: ¡La distancia!... ¡La distancia!... ¡La distancia!...

CHASQUI NEGRO: — La distancia entre el fuego y la ceniza.

CHASQUI BLANCO: — La distancia entre el ojo y la mirada.

LA VOZ LEJANA: — Ni esa distancia ni la otra. Solamente la distancia entre los cuerpos caminando sin moverse eternamente. *(Vuelve a encenderse la antorcha del centro y el chasqui blanco la retira de la columna, pone a ésta por el suelo y coloca, a su lado, la antorcha, como junto a un cadáver)*

SALLCUPAR, dirigiéndose a la voz: — Te escucho. ¿De dónde viene así y a dónde va? ¿Qué ley le hace salir de nuestras leyes? ¿Qué signo hace su cuerpo al agitarse o reposar?... *(Corto silencio. Unos pasos se aproximan, presurosos. Vuelve a encenderse la antorcha de la derecha y el chasqui negro vase por el mismo lado. Cuando los pasos que vienen por este mismo extremo, van a desembocar en el tablado, Sallcupar vase a su turno por la izquierda)*

EXTRANJERO, sin el tamborcillo, por la izquierda: —

¡Chasqui! ¡Mensajero!

CHASQUI BLANCO, *avanzando a su encuentro*: — ¡Viracocha proteja asu pueblo!

EXTRANJERO: — ¿Qué costumbre es la vuestra, de saludar a un desconocido que llega a una morada, saliendo cuando él entra?

CHASQUI BLANCO: — Entre los quechuas, padre, los seres y las cosas se conocen de perfil: los vegetales vibrando; las plantas, de pie, inmóviles; los hombres, caminando. (*Inclinándose*) ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella!

EXTRANJERO: — El amauta me esperaba?

CHASQUI BLANCO: — El amauta esperaba a un extranjero.

EXTRANJERO: — Yo soy el extranjero.

CHASQUI BLANCO: — ¿Tu saludo? ¿Tu adiós? ¿Tu derrotero?

EXTRANJERO: — Del país de los grandes telares y de las cataratas. Gañán de oficio. Llevo siete solsticios en el Cuzco

CHASQUI BLANCO: — ¡Extranjero: los templos carecen de sombra, bajo la luz solar de mediodía!... (Se inclina y vase por la izquierda. El extranjero, solo, observa en torno con curiosidad)

SALLCUPAR, *por la derecha*: — ¡Extranjero: los templos no carecen de sombra, bajo la luz solar de mediodía!

EXTRANJERO: — Sallcupar, el infalible: aquí están todos mis huesos, para que de ellos hagas una hoguera a cuyo fulgor te será dado ver si malicia, interés o presunción animan mis palabras...

SALLCUPAR, *perentorio*: — ¿Cómo este siervo ha concebido tal pasión?

EXTRANJERO: — He aquí mi dictamen de extranjero: no es él que

fue a ella, ni ella a él...

SALLCUPAR: — ¿Cuántas veces ha visto a la princesa?

EXTRANJERO: — Muchas veces. De cerca; de lejos...

SALLCUPAR: — Le ha hablado alguna vez?

EXTRANJERO: — Muy pocos veces, y de paso; así...

SALLCUPAR: — ¿Y ella? ¿Sabe que el siervo la ama?

EXTRANJERO: — Ni lo sospecha. Apenas si recuerda que él existe o que le ha visto alguna vez. ¿Tú la conoces?

SALLCUPAR: — La desconozco tanto como tú. Escucha extranjero: el cuerpo humano tiene dos mitades verticales; un abismo profundo las separa y, sin embargo, más cerca está una mano de la otra, que del pie del mismo lado.

EXTRANJERO: — ¡Luminoso aforismo, Sallcupar!

SALLCUPAR: — Ahora bien, en la escala de nuestra jerarquía social, como en la escala del organismo humano, hay el pie y la mano, el ayllu y la nobleza; lo que, trasladado al dominio del amor, significa que hay la vecindad y unión del hombre del ayllu con la mujer del ayllu, al ras del suelo, y arriba, la vecindad y unión del príncipe y la ñusta, del auqui y de la coya...

EXTRANJERO: — Es la norma sagrada entre los quechuas.

SALLCUPAR: — ¡Tolpor, al infringirla, anda inspirado y movido por el supay!

EXTRANJERO, mirando al lado izquierdo de la escena: — Viene sudando frío, agitadoísimo, cubierto de una palidez mortal.

SALLCUPAR: — Ayer, daba señales de suma postración.

EXTRANJERO: — Sus ojos me dan miedo, bajo esa frente plana, sin

alero, como hecha de un colmillo misterioso.

SALLCUPAR: — ¿Se frota, acaso, el cuerpo con sabandijas vivas?

EXTRANJERO, *mirando al lado izquierdo de la escena:* — A ratos, un mundo prodigioso le posee. A las preguntas que se le hace, da respuestas sin nexo ni sentido...

SALLCUPAR, *mirando igualmente al mismo lado del tablado:* — En las comisuras de sus labios, dejaban verse ayer espumarajos, y estiraba, por momentos, los brazos y las piernas, como haría en su lecho un moribundo.

EXTRANJERO: — El parche del tambor, cuando él andaba, ha emitido algo así como el rumor de una boa, que se enrosca a otra boa.

SALLCUPAR: — No se sabe, en resumen, el origen de su linaje. Unos dicen que sus ascendientes proceden de un país oriental, de más allá de Pacaretambu, la morada que amanece, el lugar de las cuatro dimensiones; otros refieren que vinieron de un imperio remoto, donde la Luz tiene su lecho nocturno. ¡Lamentable incertidumbre: que, caminando al pasado, se llega al porvenir!

EXTRANJERO: — Un olor mineral, áspero y fuerte, se exhala, por la noche, de las piedras de su casa...

SALLCUPAR, *tras de mirar el cielo por las ventanas, interrumpiendo:* — ¡Llamadle! ¡Llamadle! ¡Coronada de reptiles, la experiencia del hombre tiene el pecho de paloma!... (*El extranjero vale por la izquierda, Sallcupar, solo*) ¿Qué decirles? ¿De qué barro amasar mi consejo?... La verde y amplia túnica, viste el cuerpo del amauta; el penacho septicolor cubre la cabeza de los héroes; la vestidura azul, con hilados de áloe en forma de rutilantes insectos, engalana a los pálidos y suaves

arabicus; el manto de jaspeadas pieles de murciélago, cae, majestuosamente de los hombros de los incas, y su fina y graciosa falda, bordada con flecos policromos, ciñe voluptuosamente las caderas de las vírgenes del Sol... Trajes, empero, existen, que no van a nadie bien, que no visten cuerpo alguno; pasiones hay también, que no caben en razón alguna, que nada disculpa... (*Animándose*) ¡Viracocha, eje del mundo!; Profundidad del agua! ¡Altura de la llama! ¡Arranca de los muros de plata de los templos, un reflejo de luz para mis ojos, y de sus muros de oro, un reflejo de luz para mi frente!... (*Tolpor entra por la izquierda, con una expresión de pesadilla en su semblante; se detiene, a la entrada de la escena, clavando unos ojos deslumbrados en Sallcupar. El amauta le envuelve en una larga mirada compasiva.*) (*Pausa*)

TOLPOR, en un murmurio: — Una tortuga... Al atravesar el Hurin Cuzco, he visto a unos niños arrastrar una tortuga con sus hondas.

SALLCUPAR, con voz suave, tranquila: — Entra. Pasa... (*Tolpor avanza*) Mira, sin temor ni recelo, en torna suyo. (*Tolpor mira en torno*) Es la mansión de las ideas. Las cosas son aquí claras, precisas; sus bordes, rotundos, definidos, (*Tolpor parece nadar en las tinieblas*). Es la casa en que nuestras pupilas alcanzan su máxima dilatación. (*Y, como Tolpor mira por una de las ventanas*) Esa ventana cae a las tierras volcánicas del Sumpe. (*Señalando las otras ventanas*) Las demás...

TOLPOR, mirando por una de ellas: — ¿Quién pasa por aquélla? (*Da unos pasos, ansioso, hacia la ventana*)

SALLCUPAR: — Por aquélla pasan los espesos ganados que se alejan. Y por ésta (*Señalando otra ventana*), los contados ganados que regresan.

TOLPOR, de pronto, mirando por una cuarta ventana,

alucinado: — ¡Qué veo!... ¡Es su morada!... Es su morada. Allá, esa luz...
(*Se pasa la mano por los ojos*)

SALLCUPAR: — En efecto. Es su morada. Ya te he dicha: las pupilas, aquí, alcanzan a mirar... (*Tolpor lanza un sollozo. El amauta, en otro tono*) El extranjero afirma que todo ha sido así: fuera de ti y fuera de ella...

TOLPOR, sollozando: — ¡Rawa!... ¡Wiru!...

SALLCUPAR: — ¡Arde la antorcha de cortezas, arde la antorcha de en jundia de avestruz y arde también la antorcha (*Indica la que arde junto a la columna tumbada en el suelo*) hecha de wausa, el terrible licor de doble esencia!

TOLPOR, con repentina y salvaje rebeldía: — No. ¡Ni yerro, ni crimen, ni pecado!... (*La antorcha de la izquierda se apaga*)

SALLCUPAR, fatídico: — ¡Cambia el curso el río: ciénagas, pantanos!

TOLPOR, mirando por la ventana, como en éxtasis: — ¡Hermosa ñusta!... ¡Pon tu rostro, una vez más, ante mis ajos! ¡Te contemplo! ¡Tú te vuelves... Lagunillas son las huellas ardientes de tus pasos; es húmedo tu olor; tus movimientos, uno a uno se encadenan, como perlas de aguacero; mojado está el rescoldo de tu fuego! ¡Agua! ¡Fuego! ¡Nupcias!... (*La antorcha de la derecha se apaga*)

SALLCUPAR: — Tras la helada, una sola mazorca del sembrío quedó salva en su tallo... ya cayó... (*Con repentina severidad*) ¡Aparta, blasfemo! ¡Lejos!...

TOLPOR, apartándose de la ventana, contrito: — Padre, un extraño silencio reina afuera: tengo miedo.

SALLCUPAR: — Las dos se han apagada, las dos lámparas: aquélla, contu aliento; la otra, con el suyo...(*Un profundo y largo silencio*)

EXTRANJERO, viniendo por la izquierda: — ¡Amauta, adverso oráculo: en el tronca del árbol, han hecho nido hormigas venenosas! (*Silencio de muerte. Tolpor, ahora sombrío, mudo, vase por la derecha, paso a paso. Sallcupar y el extranjero permanecen inclinados*)

SALLCUPAR, una vez que se ha marchado Tolpor: — La piedra es la sustancia de la vida universal. ¡Dios de piedra es el Inti, hombres de piedra son los quechuas; animales y plantas son de piedra, y hasta las mismas piedras son de piedra!

EXTRANJERO, volviendo a encender la antorcha de la derecha: — Nadie debe marcharse en la penumbra: sabiduría cuarta de los shiras.

SALLCUPAR: — En una piedra, a veces, hay sepultada toda una ciudad. Otra piedra contiene el rayo, otra el eco, otra el olor de la vida, otra el olor de azufre de la muerte.

EXTRANJERO, volviendo a encender la antorcha de la izquierda: — Nadie debe quedarse en la penumbra: sabiduría quinta de los shiras.

SALLCUPAR: — Ciertas piedras calcáreas custodian los linderos de las tierras y reparten el agua entre los pueblos.

EXTRANJERO: — En los desfiladeros de mi tierra, sentadas aquí y allá, milenarias, cavilosas, hay las piedras hilanderas, hilando día y noche para el ayllu.

SALLCUPAR: — ¡Una piedra diabólica hay en él! ¡Una piedra redonda! ¡Una de aquellas piedras en que hacen nido ciertos pájaros fatales! ¡Le he sondeado y me ha sondeado —que el estudio del prójimo es

incompleto, si no va refrendado del estudio de sí mismo—; le he sondeado y me ha sondeado: está perdido... ¡Es su pasión candela de la verno: sólo podrá apagarla el mismo diablo! (*Un ademán, que lo da todo por terminado*).

EXTRANJERO, *enderezando la columna del centro y poniendo sobre ella la tercera antorcha*: — ¡Viracocha proteja a su raza! (*Un agudo tañido emite el disco de cobre*)

SALLCUPAR, *prestando el oído al disco*: — Han chirriado las puertas.¿Has oído?

EXTRANJERO: — Ha sido una campana. Lo he oído.

SALLCUPAR: — Las campanas son las puertas que se cierran, extranjero.¡Noche sorda! ¡Adversidades! ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella!

EXTRANJERO: — ¡Piedrecillas piadosas! ¡Briznas verdes! ¡Gritos tutelares!...(Vase por la izquierda. Pausa. Un chasqui rojo cruza de derecha a izquierda, llevando, izadas en alto, en la cuña de un hacha, las ojotas de Tolpor)

SALLCUPAR, *en un lamento*: — ¡Place a las siete víboras rebeldes, que una mano ignore lo que hace la otra mano!...

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Cuadro Noveno

En casa de Uyurqui, en Tampumachay. Claro de luna. Escalinata de piedra, al centro de la escena, comunicando el piso bajo con un pequeño torreón. Al fondo, a izquierda y a derecha, corredores y habitaciones.

MAMA PAYO: — Ya es tiempo de reposarse, hijita. Esta vez, sí, a descansar...

KAURA, ORUYA: — Bueno, mama. Wajnoskaman. *(Mama Payo va por la derecha y desaparece. Pausa. Kaura da unos pasos agitada. Oruya la observa)*

ORUYA: — Kaura, ¿qué tienes? *(Kaura cruza la escena y entra en una de las habitaciones del fondo. Oruya la sigue. La escena queda desierta. Pausa. Al cabo de unos instantes, Kaura, taciturná, crispada, sale de la habitación. Está ya en traje de dormir. Un grande sasosiego la posee; da unos pasos; reflexiona. Va a mirar por la derecha, el claro de luna en los jardines)*

KAURA: — La cuenca se ennegrece... Un arriero va por el abra de las tunas; lo oigo gritar a sus acémilas... *(En un ruego desgarrado)* ¡Viracocha, protege a tu raza!... *(Sigue mirando el valle. Después, abatida, paso a paso,*

retorna a su habitación. Una larga pausa. Tolpor entra en puntillas y como sonámbulo, por la izquierda; se detiene en el centro de la escena, atisba, escucha. Abre cautelosamente la puerta de la habitación de la ñusta y entra en ella)

TELÓN

ACTO TERCERO

Cuadro Décimo

Huerta en Tullpac, región de los huaylas. Mañana de sol ardiente. Paz campesina. Puerta abierta al camino real, primer término, derecha; al fondo izquierda, se adivina una cabaña. Rumor de fiesta en torno a la cabaña; cantos, danzas, risas juveniles. Por momentos, rondas jubilosas dispérsanse entre los árboles. Kaura y Ontalla están hilando, sentadas en el césped.

Los Uyurqui, pobres, en desgracia, viven en la región desde algún tiempo.

KAURA: — ¡Y yo le vi! Pretenden que me engaño. ¡Yo le vi! Acaba yo de volver de la terraza. Un gran silencio reinaba en el palacio. Siempre agitada por la idea de la expedición que yo juzgaba injusta, contra los kobras que serían sometidos de grado o a la fuerza a nuestras armas, recostada en mi lecho, no dormía. Un cansancio profundo, un inmenso desaliento iba envolviéndome en un sopor poblado de fantasmas de la guerra. Era el tiempo en que aún no me daba cuenta de que yo no he nacido para un hombre, sino para los hombres; de que todo ese estado de espíritu sentimental, vago, sin forma ni objeto precisos, en que me debatía,

no es otra cosa que la expresión de un amor entrañable y universal por toda la humanidad. Entonces, como ahora, no me interesaba ningún individuo en particular. La idea del matrimonio era completamente extraña a mi naturaleza, y como ahora te decía, lo único que despertaba en mi corazón simpatía, pasión de todos mis días, era la vida solitaria de las gentes, de los ayllus, de la comunidad entera...

ONTALLA: — Es lo que siempre he pensado, Kaura. En ti se ha perdido una mujer excepcional...

KAURA: — Eso lo ignoro, Ontalla. Sólo sé que nada me atraía tanto como las vastas empresas del reino, las vicisitudes de la vida de los pueblos, en fin, los grandes acontecimientos del Imperio. (*Volviendo al hilo de sus pensamientos*) Y, repito, ¡yo le vi! Estoy segura. Oí de pronto unos pasos apagados que se acercaban. La luna, cayendo sobre lo alto de los muros, sumía la parte baja del dormitorio en una semi-oscuridad. Luego, me pareció ver recortarse una sombra en la puerta...

ONTALLA: — Ya soñabas. Era un sueño. De otro modo no se explica como no gritaste, no pediste auxilio.

KAURA: — Se detuvo en medio de la habitación, como si tratase de ver claro. Llegó hasta la cama de Oruya... y oí un brusco rumor de ropas... y luego le vi salir, escurriéndose, como había entrado...

ONTALLA: — Que hayas visto al asesino, no diré, que no. Pero leviste ya, a mitad dormida y mezclado a tu sueño.

KAURA, *absorta en la siniestra evocación:* — Y no puedo recordar más... Cuando la madre acudió, pidiendo auxilio, fueron los gritos que me despertaron...

ONTALLA: — ¡Pobre Oruya! ¡Estrangulada!... ¿Por qué? ¿Por quién?

¿Habrá sido un loco?

UNA ANCIANA, *asomándose a la puerta del camino*: — ¿Qué sucede, vecinos? ¿Por qué tanto golgorio? ¿Hay entierro? ¿Chicha verde? (*Atisba, escucha y se va*)

UN ANCIANO, *dejándose ver del lado de la cabaña, a la farándula invisible*: — ¡La primera papa del año, hela en mis manos!

LA FARANDULA, *en coro*: — ¡Adoremos a la papa y el maíz!

ANCIANO: — ¡Hay que celebrarla! ¡Contemplarla! ¡Es morada con pintas amarillas! ¡Qué buena!

LA FARANDULA: — ¡Dancemos! ¡Dancemos! ¡Todos con una flor del papal en los labios!

ANCIANO: — Alabemos la mata, rociándola de chicha.

LA FARANDULA: — Cantemos la balada del arado. UNA VOZ: — Papa morada, signo de mendigo.

OTRA VOZ: — ¿Signo de mendigo?. ¡Mal agüero!

VOCES: — ¡Al contrario! ¡Mendigo es buen presagio!

LA FARANDULA: — ¡Dancemos! ¡Cantemos! ¡Alabemos a la papa morada! (*Un chasqui se asoma a la puerta del camino*)

CHASQUI: — ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ocioso! Tengo sed: un vaso de agua...

ONTALLA: — Un chasqui. (Al chasqui) Entra. Vayas o vengas, el polvo del camino te acompañe. (*Se apresura a traerle de beber*)

CHASQUI: — Asociadme a la alegría de vuestra morada. ¿Quipuchica? (*Viene, corriendo, por el foro, Huacopa*)

KAURA, *al chasqui*: — No. La primera papa del año... ¡Es morada! Pasará, según parece, un mendigo por el ayllu. (*El chasqui bebe*)

HUACOPA, acercándose al chasqui: — Eso dicen. No se sabe a ciencia cierta. Diez veces treinta lunas tengo y nunca he visto un mendigo...¿Has visto tú, alguno, chasqui? (*Ontalla y Kaura siguen bilando, sumidas en sus reflexiones*)

CHASQUI: — No. Nunca. Dicen los villacs que los viejos traen abundancia; los jóvenes, conquistas; y los adolescentes, una gran natalidad. A veces son ciegos, sordos, penetrados de ideas raras y de pasiones misteriosas.

HUACOPA: — ¿Y qué dicen? ¿De dónde vienen?

CHASQUI: — Una vez, mi abuelo vio un mendigo, parado en una peña, al venir la noche. Era de una gran hermosura, fuerte, alto, en plena juventud; tenía en su rostro una expresión de felicidad impresionante. Era rubio y sus ojos profundos de viajero estaban como perdidos en un sueño.

HUACOPA: — ¿Y qué le dijo a tu abuelo?

CHASQUI: — Nada. De pronto desapareció de la peña. Cuando mi abuelo se aproximó, se alejó entre las piedras, como si andase en el viento.

HUACOPA: — Se cuenta que ellos llevan a las comunidades y a los pueblos, una especie de bendición secreta de los dioses.

CHASQUI: — Hay gentes que, una vez que han visto un mendigo, les queda para siempre una perenne gana de llorar. En todo caso, los mendigos carecen de parientes, ocultan el lugar donde nacieron y hasta sea firma que no son seres normales como el común de los quechuas, sino que son "dobles" de personas ausentes en trance de morir. "Dobles", "triples" o "céntuplos", ya que, como tú sabes, cuando morimos, el hombre se multiplica en innumerables criaturas, que se esparcen en todas direcciones por el mundo. (*Bebe otros tragos de agua*)

HUACOPA: — ¿Qué buscan? ¿Qué persiguen?

CHASQUI: — Precisamente, nadie sabe lo que buscan o persiguen los mendigos. (*En ademán de irse*) ¡Reverdezca la planta de tu puerta!...

HUACOPA: — Que el polvo del camino te acompañe. (*El chasqui vase. Del lado de la cabaña, llegan ahora lejanos, los rumores de alegría*)

UNA VOZ, de más allá de la cabaña: — ¡Huacopa! ¿Dónde estás? Vamos al río.

HUACOPA, yéndose por la izquierda: — ¡Esperadme! ¿Quién toca mi pututo?... (*Pausa*)

ONTALLA, dejando a un lado su labor y extasiándose en la contemplación del cielo: — ¡Profundidad del cielo de los huaylas! ¡Qué hermosura!... Cuenta el padre que en Rajchi, el intiwatana tiene una columna que toca con su punta el cielo. En tiempos ya remotos, una vez, durante un temblor, al moverse la columna, quebró con su punta el cielo, haciéndolo pedazos. Todavía hoy se ve en la comarca fragmentos por el suelo; la gente los llama lagunas encantadas. Hay quienes, para cerciorarse, han puesto el pie y han encontrado que es duro y resbaloso...¿En qué piensas? ¡Kaura!...

KAURA, también mirando el cielo: — Me parece estar viendo la ladera de Wajojto. Abajo, en la margen del río, habían naranjales y membrillos. Y luego, más allá, tras un meandro, una inmensa hondonada, de vertientes abruptas. Un grito resonaba del peñón, de cueva, en cueva, al infinito...Un día pudimos contar que el eco respondía ochentas veces, hasta morir en un rumor levísimo, alargado...

ONTALLA, pensativa: — ¡Quién nos lo habría dicho! ¡Destronado Lloque Yupanqui, desposeída y arrojada la nobleza, entronizada la

anarquía en el Imperio!... Unas cuantas lunas han bastado para tamaño terremoto social.Sin duda, en la fruta moraba ya el gusano; los primeros fracasos de la expedición contra los kobras —expedición absurda, improvisada y emprendida contra la voluntad del pueblo— ha hecho el resto. Las intrigas de la corte, las excentricidades y caprichos personales del Inca, prepararon el desastre que la descomposición latente del ejército y las rivalidades de sus jefes, no han hecho `más que precipitar...

KAURA: — Un raimi va a hacer ya de aquel motín. Revuelta infame, concebida únicamente contra la dinastía. ¿En nombre de qué causa nacional?

ONTALLA: — Pero esto no irá lejos. Lloque Yupanqui volverá al poder.Todo depende del resultado final de la expedición, cuyos fracasos, después de todo, no son sino incidentes momentáneos. Si, a la larga, ella acaba bien, antes del equinoccio, estaremos de nuevo en la corte.

KAURA: — Lo dudo mucho, Ontalla.

ONTALLA: — Entre tanto, paciencia, amiga mía. Soportemos el exilio y la desgracia. Suframós y esperemos. (*Vuelve a su rueca*) Y sobre todo,cuidemos nuestro incógnito.

KAURA: — Y luego, aún suponiendo que volviésemos a la posesión de nuestros bienes y prerrogativas, un dolor irremediable, una herida sin fondo, seguirá siempre abierta en nuestros corazones: la muerte de Oruya. El recuerdo de la noche de su muerte, lo llevo bien grabado en mi memoria. Más aún: a medida que pasa el tiempo, cuando pienso en esa noche, me parece que en el centro del recuerdo, la sombra del asesino, que yo estoy bien segura de haber visto, va dibujándose, precisándose, animándose y adquiriendo algo así como los contornos de una silueta

extraña, conocida... que yo creo haber visto en otra época... (*Como bundida en la contemplación de una visión*) Es una pesadilla... una obsesión... un... (*Volviendo, horrorizada, la cara y refugiándose en Ontalla*) ¡Ontalla! ¡Ahí está! ¡Ahí está!...

ONTALLA: — ¡Otra vez, Kaura, ese fantasma!, ... (*La abraza*) ¡No es más que un fantasma!

KAURA: — Es una sombra. Ahora mismo, he visto su mirada. Una mirada sin ojos...

ONTALLA: — Todo eso lo comprendo, pero ello no impide que hay que reaccionar y ser sensata. (*Tomándola de pronto por la mano*) ¡Ven, kaura! ¡Ven! ¡Ven conmigo! (*La lleva precipitadamente por el foro*) ¡Respiremos!... ¡Aire! ¡Aire! ¡Aire!... (*Vanse. Un coro juvenil se oye a lo lejos. Dos campesinos entran por la puerta del camino*)

CAMPESINO PRIMERO: — Si un Inca fuese un dios o el hijo de Viracocha, ¿cómo explicarse que Lloque Yupanqui haya sido destronado por hombres tan corrientes como nosotros, ambiciosos y llenos de defectos, como la generalidad de las gentes?

CAMPESINO 2: — Es lo que me digo yo. (*Cruzan de izquierda a derecha absortos en su conversación*)

CAMPESINO PRIMERO: — En buena cuenta, nadie sabe ahora quién gobierna a los quechuas. Hoy hay un Inca, mañana otro o varios a la vez. ¿Serán todos ellos dioses o hijos de Viracocha? Y si vuelve Lloque Yupanqui al trono, como dicen que volverá, ¿de nuevo será dios o hijo de Viracocha? ¿En qué quedamos?

CAMPESINO 2: — Los designios del Inti son impenetrables. Todos somos sus hijos y, en cierto modo, todos somos dioses. (*Vanse por la*

derecha)

TELÓN

ACTO TERCERO

Cuadro Undécimo

En la Intipampa. Noche. Muchedumbre. Efervescencia.

QUECHUA PRIMERO: — El dios de la centella está enfadado. Así lo dice el oráculo. Un horrorífico sacudimiento de tierra han anunciado sacerdotes y adivinos. Volved a vuestros hogares y matad, sin demora, cuantas tórtolas podáis.

MUJER PRIMERA: — Encaminaos, antes, a los templos, a las huatas y ofreced a Viracocha, como exvotos, objetos de plata y cobre, puñados de tierra y pintadas piedrecillas.

MUJER 2: — Agolpadas al umbral de sus viviendas, las mujeres, para ahuyentar el mal, deben echar al viento, como lo hacen para ahuyentar la lluvia, sus cabelleras libres, desgreñadas.

MUJER 3: — Pero, en suma, ¿cuál es, según los villacs, la causa de la cólera divina?

QUECHUA 2: — ¡Algunas esposas han dado a luz criaturas abortadas!

QUECHUA 3: — ¡Una doncella del templo de las Escogidas, ha salido enloquecida y se ha arrojado al Huatanay!

MUJER 4: — Los niños, como poseídos del supay, gimen y se debaten, arañando los senos maternos.

PIRUC PRIMERO: — Multitud piadosa, oíd: las nubes de la tarde han sido extrañas...

LA MULTITUD: — ¡Señales en el cielo: desgracias en la tierra!

PIRUC PRIMERO, *continuando*: — Las nubes de la tarde han sido extrañas, es verdad... al cerrar la noche, una candela ha sido distinguida por el lado de las tierras labrantías de Senca, a una gran distancia. Esperamos la llegada del mensaje.

LA MULTITUD: — ¡La expedición fracasa! ¡Los guerreros del Sol mueren de frío! Los veteranos del Maule y de Atakama se baten en retirada...

PIRUC 2: — La hostil naturaleza, la defección de muchos tambos del tránsito y las flechas, emponzoñadas de sustancias desconocidas, de los kobras, detienen, por el momento, el avance de las armas imperiales. Sin embargo, el último mensaje anuncia encontrarse nuestro ejército en víspera de un nuevo y decisivo combate...

LA MULTITUD, *en un clamor*: — ¡Viracocha proteja a su pueblo!

PIRUC 2: — La batalla será cruenta, implacable...

LA MULTITUD: — ¡Vencedores o vencidos, gloria a los guerreros!

PIRUC 2: — ¡Esperamos noticias! ¡La raza del Sol es invencible!

PIRUC PRIMERO: — Entre tanto, dispersaos. Bebed un trago de los arroyos y arrojad unas gotas de chicha, dando papiroses al aire, en dirección del frente de batalla. Aquéllos de entre vosotros, que habitéis las campiñas,

golpead, al arribar a los sembríos, las matas en flor, dando voces de alerta, apostrofando a los cometas apagados.

MUJER 5: — Los alcas, asustados, han aullado por el lado de Kazana. Seles ha azotado y han huido entre los matorrales, husmeando las piedras y rascando desesperadamente el suelo...

LA MULTITUD, *de pronto*: — ¡Un chasqui! ¡Un mensajero!

CHASQUI PRIMERO, *jadeante*: — ¡La conquista de los kobras queda consumada!...

LA MULTITUD, *interrumpiendo*: — ¡Loor a los guerreros del Tahuantinsuyo! ¡Loor a las armas del Sol!

CHASQUI PRIMERO: — Quinientos mitimaes vienen uncidos a las andas victoriosas de los quechuas... Cuatrocientos hijos del Sol quedan establecidos en las mesetas conquistadas. Jamás el arrojo de los quechuas fue más grande. En el asedio de Chirmac, la ciudadela kobra principal, la acción de los hacheros sobre todo, ha cubierto de sangre enemiga a las nieves perpetuas.

PIRUC: — Comunidades y ayllus, quemad, en acción de gracias a Viracocha, harina del maíz milagroso del Collao, al pie de los sillares de pórvido de los antepasados, en las conchas y caracoles domésticos y en todo hueco de pared, muralla, roca o montículo. En cuánto a las estatuas de animales, podéis liberarlas de todos los exvotos. ¡Ya lo veis: por los cuatro costados del reino, las fronterizas yerbas, como las pestañas de las vicuñas en pleno crecimiento, miran cada vez más allá... más allá, más allá!...

LA MULTITUD: — ¡Loor a los expedicionarios de los Andes! ¡Loor a los vencedores del Oriente! (*La multitud se dispersa*)

QUECHUA 4, *al chasqui*: — A tiempo llegaste. El pueblo empezaba

a inquietarse. Las noticias, en suma, no eran halagüeñas.

CHASQUI PRIMERO: — ¡Nueve lunas! Mas juzguemos en razón: tan solo las peripecias del viaje, sin contar los estragos de los combates librados, han mermado considerablemente el empuje de las huestas. El solo escalonamiento del contrafuerte central, entre ventisqueros mortíferos, ha dejado tras sí más cadáveres que todos los encuentros con el enemigo.

QUECHUA 5: — No hablemos, naturalmente, de los cóndores y jaguares de guerra de los kobras, que según se dice, forman la vanguardia enemiga. ¡Cada cóndor es capaz de hacer frente a cuatro hombres, y cada jaguar, a siete!

QUECHUA 6: — ¡Otro chasqui! ¡Otro mensajero! ¿Qué sucede? (*La multitud refluye en medio de una gran confusión*)

LA MULTITUD: — ¡Ha mentido! ¡Que se le entierre vivo! ¡Un collahuata!

PIRUC PRIMERO: — ¡Dejadle hablar! Formula, mensajero, tu mensaje. ¿De dónde vienes? ¿Quién te envía?

CHASQUI 2: — La noticia viaja desde Chamac. Cuarenta chasquis y trece luminarias en los montes, la transmiten. (*La multitud escucha ansiosamente*) La envía el apusquepay, desde el mismo campo de batalla... (*El chasqui aceza y no puede proseguir*)

PIRUC 2: — ¡Habla! ¡Te arrancarán las uñas! ¿Qué más? ¿Te darás prisa?

CHASQUI 2: — Un soldado de la expedición, un simple hachero, de nombre Tolpor, ha sido el héroe de la toma de Chamac. (*Exclamaciones de estupor de la multitud*) No solamente ha sido el héroe de la última batalla, que ha puesto fin a la campaña, sino el héroe de todos los encuentros con

el enemigo. (*Nuevas exclamaciones de estupor*) El valor, la audacia, la intrepidez del hachero, han despertado en el ejército del Sol entusiasmo y tan apasionada admiración, que, á esta hora, Tolpor es proclamado jefe supremo de las tropas en campaña y llevado en triunfo por el campo de los kobras, como un pequeño rey por sus dominios... (*La multitud, perpleja, se queda muda, mirando al chasqui*)

PIRUC PRIMERO, al chasqui segundo: — ¡Charlatán! ¡Sacrílego! (*A la multitud*) ¡Enterradle vivo!...

PIRUC 3, al chasqui: — ¡Eres un collahuata! ¡Ven aquí! ¡Muestra tu cabeza! ¡A ver! ¡A ver! ¡Descúbrete! (El chasqui se descubre la cabeza, que un grupo de pirucs examina, en medio del silencio de la multitud)

PIRUC 4: — No. No es un collahuata: la cabeza no lleva achatamiento, ni traza alguna de tablillas. Nativo es el frontal, los parietales. (*Mirándole en los ojos fijamente*) ¿Extranjero?... Tampoco.

CHASQUI 2: — Otras palabras sueltas he oído, a mi paso...

LA MULTITUD: — ¿Quién es Tolpor? ¡Dilo todo! ¿De qué ayllu es el hachero?

CHASQUI 2: — Se ignora quien es él y cual es su origen. Una cosa he oído murmurar, en medio de los gárrulos comentarios populares del tránsito, y esta cosa es que las hazañas del hachero se deben a un amuleto, consistente en la mano derecha de una momia enemiga, arrebatada por Tolpor de un templo kobra del tránsito.

PIRUC 2: — Por el contrario, las reliquias arrebatadas a los enemigos tullen el brazo usurpador.

CHASQUI 2: — Las tropas conquistadoras regresan. En el viento de la altura, llega a las quebradas, por instantes, el eco de los cuernos

triumfales, cada vez más cercanos y sonoros. Es una vibración muy singular, jamás oída: imaginad unos clarines, como hechos de cráneos de grandes mamíferos, a cuya dentadura vinieran atadas sartas movibles de pequeñas antaras de metal; al agitarse el aire dentro de ellos, un aullido famélico, se escucha...

LA MULTITUD, en una explosión de entusiasmo: — ¡Loor a Tolpor, el vencedor de los kobras! ¡Loor a las armas del Tahuantinsuyo! (Un desbordamiento de júbilo estremece a la multitud, cuyo flujo y reflujo se hacen cada vez más intensos. Una marcha militar pasa a lo lejos)

PIRUC PRIMERO: — ¡Ayllus y comunidades, originarios y mitimaes, la conquista de los kobras constituye, con la de los chimús, las dos hazañas mayores llevadas a cabo hasta aquí, por el ejército del Inti! ¡Gloria y regocijo reemplacen al temor y a la zozobra en nuestros pechos! ¡Aprestad para los hombros de los héroes que vuelven, el algarrobo quechua y para el paladín de la victoria, la diadema del pueblo y los largos pendientes de curaka!

LA MULTITUD: — ¡Tolpor, el del hacha prepotente! ¡Tolpor, nueva cuña del reino! ¡Loor a ti, fama a tu brazo triunfador! (*La multitud entona el bailli*)

UN MIEMBRO DEL CONSEJO DE LOS ANCIANOS: — No es la primera vez que un oscuro hombre del pueblo, un simple siervo — sin la instrucción que recibe el noble, es verdad, pero dotado de cualidades naturales excepcionales— destaca su figura y se eleva a la gloria, al servicio del Imperio. La historia nos ofrece frecuentes ejemplos de este género: ora será un gañán, un pastor, un cantero, un centinela... Ello es que, sin remontar muy lejos en los anales quechuas, bajo el reinado de Pachacútec,

la célebre expedición sobre los chachapoyas, que nos abrió la cuenca del bajo Maraón, fue obra de Arikayma, de un ayllu perdido en las mesetas contisuyas, zagal de oficio y llegado por su hazaña, a los honores de curaka de Shilay, general y príncipe del reino. Más atrás, bajo Mayta Capac, se recuerda al tejedor Subanan Kicha, conquistador de los huacrachucos; Ollavir, el pescador, llegado al gran quipucamayoc de la leyenda; Puku, el astrónomo, inventor del actual Kalasasaya, antiguo camarero de un curaka montañés; y, en fin, Untawara, el pacificador de los Ilivirus, trabajador humilde de las minas de Achu-pachi. Ahora es Tolpor, un albañil. ¿Quién le conoce? Nadie. Las raíces de la palabra Tolpor son, a lo que parece, titikakas. Ya veremos. Ya veremos. Por el momento, no nos es dable sino convenir en que los hombres, como las cosas, no valen más que por la función que desempeñan en tal o tal circunstancia de la vida. ¿Qué vale un grano de arena, en sí mismo? Nada. Caído en el ojo de un pintor, puede ser un desastre. ¿Qué vale una gota de agua, en sí misma? Nada. Caída en una chispa, puede evitar un incendio.

QUECHUA 8: — ¡La más experta y segura de las hondas no arroja más derecho su piedra!

EL ANCIANO: — ¿A qué altura coloca al vencedor de los kobras, su proeza? De perdida, iba para perdida la expedición. Mustios, acongojados, los quechuas, tras las últimas noticias, se daban a las peores conjeturas. Alguien ha hablado del enojo de Yllapa, y, arrebuados en esquinas y plazuelas, los más débiles se disponían a sufrir resignadamente el castigo de los dioses, por una culpa misteriosa, como se disponen los perros, encogiéndose, a recibir el látigo... (*murmullos en la multitud*) En estas circunstancias, llega el mensaje, inesperado y deslumbrante del

triunfo dela expedición... ¿Qué merece el capitán, que así ha alcanzado en tal prodigio militar? El Consejo de los Ancianos se dispone a deliberar. Desde hoy, el ilustre Raujaschuqui, el veterano Quilaco y el Villac Umo, se proponen discernirle una de las llaves del Koricancha, llave que le confiere la tercera autoridad del Imperio, después de la del Inca y de la de su hermano, el Villas Umo.

LA MULTITUD: — ¡Sí! ¡Tolpor, tercera llave del reino! ¡Tercera jerarquía del Imperio! ¡Tercera cabeza de la raza!

EL ANCIANO: — ¿Le aceptáis como tal? ¿Os brilla como Piruc de pirucs?

LA MULTITUD: — ¡Trofeos a Tolpor! ¡Estandartes, realeza, potestad! (Se dispersa)

SALLCUPAR, pensativo, *para sí:* — ¡Tercer cetro del Tahuantinsuyo! ¡Extraño destino!

QUECHUA 9, *bajando la voz:* Amauta, ¿conoces las escalinatas de tres gradas de los templos de Yurarka? ¿Cuál es, a tu parecer, la tercera delas gradas? ¿La primera, subiendo? ¿La primera, bajando?

SALLCUPAR: — ¡Escabrosa pregunta! ¡La tercera grada, en miopinión, es la más alta! (*Señalando con el índice unas gradas invisibles, de abajo a arriba*) Primera, segunda, tercera...

QUECHUA 9: — Exactamente. El orden de las cosas, visibles o invisibles — escalinatas de piedra o jerarquía entre los hombres— es orden ascendente: las primeras categorías se hallan abajo, las últimas arriba.

QUECHUA 10: — Ni más ni menos.

SALLCUPAR: — ¿Queréis afirmar con ello que en el orden social, el pueblo está por encima del Inca, de la nobleza y del clero?

QUECHUA 9: — Algo por el estilo. En todo caso, considerad el caso de Tolpor: ¿de dónde viene?

QUECHUA 10: — Del seno mismo de un ayllu, de la plebe, según parece. (En esto, la multitud vuelve a refluir, presa de gran alarma)

UN SOLDADO: — Estad seguros: son voces de entusiasmo de las huestes que vuelven, las que se oyen. Convenid: entre un grito de júbilo y un rugido de combate, no media más que la oreja que los oye.

LA MULTITUD: — Y, sin embargo, chasquis y caminantes aseguran lo contrario. ¿Qué sucede? ¿Qué extraños fines traen los ejércitos triunfantes? ¿Qué turbia agitación los lanza así contra la ciudad sagrada?

UN VILLAC: — ¡Calmaos! ¡Ayllus disciplinados y prudentes!

MUJER 6: — Padre Villac, ¿qué va a suceder? ¡Mira a este niño!*(Muestra a un niño, que ella lleva en la mano)*Esta tarde, al pasar bajo un arco-iris, de una a otra orilla del Huatanay, se ha quedado repentinamente mudo... (*Exclamaciones de mal presagio de la multitud. La mujer, al niño*) ¡TupoHuaya, habla! ¡Habla, niño de mis entrañas! ¡Habla, corazón!... ¡Habla!... (*El niño permanece mudo*)

VILLAC: — Retíradle. Es el tiempo de la nieve. Hacedle orinar en una mata de líquenes de Jauja, y pasará. (*Dirigiéndose a la multitud*) Y, vosotros, ¿qué os inquieta? Indigno es de quechuas, amedrentarse y, lo quees peor, sin causa.

QUECHUA 11: — Padre Villac, como lobos famélicos, los soldados de Tolpor avanzan sobre el Cuzco.

MUJER 7: — Se murmura que el Hachero está poseído del supay.

QUECHUA 12: — Hasta es posible que Tolpor sea nada menos que un kobra, un enemigo disfrazado. Dicen que le siguen millares de

voluntarios kobras.

QUECHUA 13: — De otro modo, si eso no es cierto, habrá que creer que los guerreros del Sol se han vuelto locos, volviéndose de pronto y sin motivo, contra la capital del Imperio.

AUQUI: — ¡Silencio, gentes ignorantes, timoratas! Lo que vosotros tomáis por signos de turbulencia o de amenaza de las huestes contra el Cuzco, no es otra cosa, como os dijo ya un soldado, que los ecos del regocijo delirante de los héroes que vuelven.

LA MULTITUD: — ¡Viracocha proteja a su pueblo! *(De pronto una violenta sacudida agita a la multitud. Una marcha guerrera suena a lo lejos. La multitud exclama, —unas despavoridos, otros entusiastas— en medio de una gran confusión)* ¡Tolpor!... ¡Tolpor!... ¡Los expedicionarios de los Andes!... ¡Los vencedores de los kobras!... *(La multitud, mirando a uno y otro lado de la escena, indecisa, espera)*

SALLCUPAR: — Toda la madera del reino no alcanzaría para fabricar la jaula destinada a guardar mi gran secreto...

LA MULTITUD, yendo repentinamente al encuentro de las tropas: — ¡Illapisko! ¡Illarini! ¡Koychi-kuychi!... (Vitores, aclamaciones)

SALLCUPAR, a un anciano que, con él son los únicos que quedan en la escena: — Anciano, ¿qué diferencia existe entre el hombre que oculta un secreto y aquél que niega la verdad? ¿Un secreto es, quizá, una verdad que se niega? ¿El que guarda un secreto, peca, acaso, de mentira?

ANCIANO: — Amauta, no te entiendo.

SALLCUPAR: — ¡Anciano, pongo en tus manos este pequeño pensamiento, que rebasa de mis sienes: el amor, ¡qué inmensidad! En todo está el amor. Es como el oro. Todo en el mundo es oro: el Koricancha es de

oro, el palacio del Inca es de oro, el baño de la ñusta es de oro, el banco del sabio es de oro, la flecha del soldado es de oro y la cabaña del gañán también es de oro puro, buen anciano. ¡Todo en el mundo es de oro, y todo en la existencia es amor!

ANCIANO: — ¿Y el odio, amauta? ¿Qué sitio ocupa el odio en tu sistema?

SACLLUPAR: — ¡También el odio es amor!... (De pronto, unas mujeres pasan aterradas por la escena)

MUJER 9: — ¡Los guerreros atacan!

MUJER 10: — ¡El hachero, contra el Cuzco! (*Farándulas del pueblo cruzan la escena, bailando, al son de una música de guerra, la danza de las hachas*)

TELÓN

ACTO TERCERO

Cuadro Duodécimo

Noche en la Sala del Consejo, del palacio de Collcampata. Cortesanos, oficiales, guardias, en espera.

OFICIAL PRIMERO, *después de escrutar las afueras de la sala*: — Desusado silencio, éste del Cuzco, la noche de la coronación de un nuevo Emperador.

AUQUI PRIMERO, *bajando la voz*: — Un rey áspero, extraño, taciturno. Rayos peregrinos despide su mirada misteriosa.

OFICIAL 2: — ¿Por qué haber prohibido todo festejo, el día de su advenimiento al trono?

AUQUI 2: — No se diría sino que el firmamento callase presagios sombríos...

OFICIAL 2: — Ni honores, ni parada y ni siquiera contento en los semblantes. En suma, una fecha cualquiera. Qué digo: una fecha aureolada de un cielo inquietante, enigmático.

AUQUI 3, *vinendo por el foro*: — Un cortejo de emisarios ha venido a ofrecer los presentes provinciales de rito, y no ha sido atendido.

AUQUI PRIMERO: — ¿Los emisarios no han sido atendidos?

AUQUI 3: — Ahora mismo, se están marchando por el pórtico del Lobo, cabizbajos, humillados, murmurando en sus dialectos, palabras de amenaza.

AUQUI 2: — ¡Temerario desaire! ¿Las provincias afrentadas?

AUQUI 3: — Acaban también de ser anunciados tres ermitaños, venidos de pakarinas lejanas...

OFICIAL 3: — Sí. Los he visto llegar esta mañana, por el gran camino de la sierra.

AUQUI 3: — Traían al hombreo, cada cual, un arbusto frondoso y desconocido, en plena lozanía. Según parece, el mérito de la ofrenda consiste en que estas plantas deben llegar a manos del nuevo Inca, enteras y verdes, tal como fueron arrancadas del suelo, sin que ni una sola de sus hojas se desgaje en el largo camino o empiece a amarillar y amarchitarse...
(*Dos auquis vienen por el foro*)

AUQUI 4: — Tengo para mí que una tal conferencia del Inca con los sabios, artistas y sacerdotes, el día de su coronación, no tiene precedente en el Imperio. Es una iniciativa cuyos resultados para la organización del nuevo régimen, serán incalculables.

AUQUI 5: — No faltan, sin embargo, quienes, acostumbrados a un pasado rutinario, se sientan como atropellados por la aparición, brutal y deslumbrante, de un Emperador tan intempestivamente renovador.

AUQUI PRIMERO: — ¿Sabéis si los ermitaños han sido, por fin, recibidos?

AUQUI 5: — ¿Qué ermitaños?

AUQUI 2: — El incidente es grave. En muchas tribus del altiplano,

esta romería sacerdotal al Cuzco, en semejante ocasión, de encontrar contratiempo, siembre en la región recelo y desconfianza contra el Inca.

AUQUI 4: — Tanto peor... Los santos peregrinos se regresan, cada uno con su árbol al hombro, sin haber visto al Inca. (*Vivamente*) Una vez más Tolpor Imaquípac, el Rey. Hachero, no teme el malhumor de los dioses... De otra parte, los dioses del Tahuantinsuyo, son múltiples, a imagen de los hombres y sus leyes, igualmente múltiples: hoy castigan lo que ayer recompensaban, y una misma conducta tiene, a los ojos del Inti, valor indiferente hasta contrario, según meridianos... (*una claridad lejana*)

OFICIAL PRIMERO: — ¡El Emperador!...

OFICIAL 2, mirando a las afueras: — No... Son los rumay-pachakas. Los visitantes rurales, que parten en misión a las comarcas del Lago Sagrado. (*Silencio. Los auquis atisban las galerías. De pronto, un estremecimiento general... Tolpor entra por la izquierda, vestido de simple soldado; por insignias imperiales, lleva, pendiente del wacollo militar, la mascaipacha y, en la mano derecha, el cetro de los Incas. Viene seguido de numeroso séquito*)

EL INCA TOLPOR IMAQUIPAC, volviéndose del centro de la sala reconcentrado, grave: — Mi primera audiencia ha sido consagrada a los amautas, arabicus, villacs y quipucamayocs... (*Da unos pasos, taciturno*)

TODOS, en una reverencia: — ¡Viracocha proteja a su raza! ¡Tolpor Imaquípac ampare a su pueblo! (*Vanse. Un heraldo queda con el inca*)

EL INCA: — Los quipucamayocs. ¿Quién los anuncia?

HERALDO: — Padre, los anuncia una vestal, con un cántaro de barro, lleno de agua salobre.

EL INCA: — ¿Lleno de agua salobre? ¿Por qué esta alusión al mar?

HERALDO: — Porque, de la misma manera que no hay copa capaz de contener toda el agua del mar, tampoco hay ciencia alguna que explique la existencia en su unidad. *(Entran por el foro los quipucamayocs, precedidos de una vestal del Sol con un cántaro al hombro. Los quipucamayocs se disponen en círculo, rodeando al Inca, y la vestal, después de dar una vuelta delante de ellos, vase por el foro)*

EL INCA, tras un silencio: — Una simple pregunta... Decidme: ¿está, según vosotros, en el poder del hombre, conformar el orden del universo a los latidos de su corazón?... *(Dirigiéndose, uno a uno, a todos ellos)* Ardoroso astrónomo, cauto ingeniero, grave historiador, magistrado severo, sapiente médico, terrible matemático: os escucho... Mi pregunta —losé— es inesperada: tengo mis razones... Os escucho... *(Los quipucamayocs se miran, perplejos. Un gran silencio)*

QUIPUCAMAYOC PRIMERO: — Padre, nada está fuera del hombre...

QUIPUCAMAYOC 2: — Padre, en el fondo y a juzgar por tus palabras y la voz con que las dices, no todo te sonríe, el día inaugural de tu reinado...

EL INCA: — Os escucho. Hablad...*(Va y viene, impaciente)*

QUIPUCAMAYOC 3: — Padre, solo cuando hayas logrado encerrar en la cuenta de tus manos todas las nubes del cielo, entonces podrás conformar a tu capricho cuanto hasta ahora se ha burlado de nuestra pobre voluntad humana: el amor y la noche y el día, el venir a la vida y dejarla...

EL INCA: — Llegado a la cima del humano poderío —doblegadas a mis pies naciones brillantes, religiones diversas, dominios infinitos— mi

corazón está en la altura, frío y desierto. ¿Por qué esta ironía, este sarcasmo del destino? ¿Por qué si esta ascensión debió venir, no haberme antes preservado de esta desolación y de este duelo?...

QUIPUCAMAYOC 4: — ¡Padre resplandeciente, al sopesar la luz en una mano y la sombra en la otra, recuerda que hay que hacerlo mirando al firmamento!

EL INCA, *exasperado*: — ¿Es todo lo que se os ocurre responder? Proverbios, máximas... ¿No hay en vuestro saber, sino principios generales? ¿Mi pregunta rebasa vuestra ciencia?

QUIPUCAMAYOC 5: — Preguntar a los astros por qué brillan: ¡Vano afán!...

EL INCA, *volviéndose al heraldo*: — Los amautas.

HERALDO: — Los anuncia una anciana que llora. (*Los quipucamayocs vanse por la izquierda. Una anciana entra por el foro, se detiene ante el Inca y llora en silencio. Luego, entran los amautas y ocupan en la sala idéntica posición a la de los quipucamayocs*)

EL INCA, *para sí*: — El hombre es como el viento: no se sabe, a punto fijo, dónde nace, dónde expira...(*Alzando la voz*) Amautas, paradigmas de cordura y de prudencia, considero deber mío declarar a los filósofos y moralistas del Tahuantinsuyo, que yo fui en la expedición contra los kobras, buscando ávidamente la muerte. ¡Avida, desesperadamente! Pero puede suceder, venerables amautas, que, buscando la muerte, se encuentra no más que la agonía. Es así que hoy, en lugar de un cadáver, tenéis ante vosotros a un moribundo, en traje de emperador. (*Movimientos de extrañeza*) El peregrino azar, origen de mi actual apoteosis, cayóme del cielo, como esas piedras ígneas que caen con el rayo y

se incrustan en la sien indefensa del ciego... (*Y como los Amautas irrumpen en un murmullo de estupor, añade cortésmente*) Venerables Amautas, os suplico retiraos. (*Un silencio de muerte. Los amautas yéndose vanse por el foro de uno en uno*)

AMAUTA PRIMERO: — Así crece la yerba por la noche. (Vase)

AMAUTA 2: — Así nos comprendemos, dándonos las espaldas. (Vase)

AMAUTA 3: — Así gritan algunos vegetales. (Vase)

AMAUTA 4: — Así zumba el insecto cuando vuela. (Vase)

AMAUTA 5: — ¡Así! ¡Así! ¡Así! (Vase. Pausa)

EL INCA, *profundamente abatido*: — El Villac Umo.

HERALDO: — Un cóndor anuncia al Sumo Sacerdote. (Entra el Villac Umo)

VILLAC UMO: — ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ocioso! (A un gesto del Inca, el heraldo vase por la derecha)

EL INCA, *tras un corto silencio, bruscamente*: — Villac Umo: la víspera de mi partida en la expedición contra los kobras — de ello hace treinta lunas— una noche, yo, el albañil oscuro que era entonces, maté con mis propias manos, a la virgen que amaba, una princesa a quien, según la ley, el que yo la amase era, a la vez, un crimen y un pecado.

VILLAC UMO, *petrificado pero inmutable*: — ¡Viracocha proteja a su pueblo!

EL INCA: — ¡Partí al alba, enloquecido y busqué en vano la muerte en las batallas: las flechas kobras de mí se apartaron; antes bien, se tuvo mi sed de muerte por arrojo nunca visto y, sin ambicionarlo y sin siquiera merecerlo he aquí que la corona de los Incas ciñe mi frente!...

VILLAC UMO: — ¡Poderoso Tolpor Imaquípac!

EL INCA, en un sollozo: — ¡Villac Umo! ¡Sumo Sacerdote! ¡Vivo está en mi pecho el amor a mi princesa, y más vivo el dolor de su muerte!... ¡Si ella viviera! ¡Si la viera hoy a mi lado, en esta sala, en el palacio que no tuve! (*Llora*) ¿Por qué ser Emperador si ella no existe? ¿A qué la mascaipacha, sin sus sienes?... (*Arroja violentamente el wacollo y la mascaipacha*) ¿Y este cetro... por qué he de quererlo, sin sus manos? (*Lo arroja igualmente. Luego, volviéndose hacia la derecha de la escena, llama*) ¡Heraldo! ¡Los aravicus!...

VILLAC UMO, en una reverencia: — ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella! (*Vase por el foro*)

HERALDO, volviendo por la derecha: — Una quena tocada por un príncipe anuncia a los bardos. (*Suena una melodía de una quena. Entra un chasqui amarillo*)

CHASQUI: — Padre Augusto: los bardos del reino han muerto...

EL INCA, petrificado: — Repite...

EL CHASQUI: — Padre Augusto: los bardos del reino han muerto. Así lo anuncian parvadas de mirlos enlutados, que no cesan de llegar del sur, del norte, del levante, del poniente. (*El Inca, pálido, en el centro de la sala, permanece inmóvil*) Trazan señales en el cielo y, cavilosos, acaban por ponerse silenciosos en el templo de la Luna o en las copas de los tamarindos. Muchos también descienden en las calles, buscando con el pico en los empedrados, misteriosos insectillos... Hijo del Alba: ninguno canta!

EL INCA, bruscamente, como saliendo de una pesadilla, desde el centro de la sala: — Anunciad a las ciudades, campos, ayllus, señoríos y fortalezas de todas las fronteras del reino, que Tolpor Imaquipac, renuncia

al trono del Tahuantinsuyo y, como simple siervo, se da una vida errante,
de penitencia voluntaria... (*Con paso firme vase por el foro*)

CHASQUI Y HERALDO, atónitos, inclinándose: — ¡No matar!
¡No mentir! ¡No estar ocioso!

TELÓN

ACTO TERCERO

Cuadro Decimotercero

Tarde, a la orilla de un riachuelo, no lejos de la huerta del cuadro décimo. El sol a medida que transcurre la acción, cae, visible al público, sobre el lejano horizonte del fondo. Tolpor, ciego y mendigo, ansioso, conversa, sentado en una piedra, con Huacopa.

HUACOPA, con infinito respeto: — Dime... tu ceguera... ¿al menos es nativa? ¿Es de este mundo tu ceguera?... ¿Es del otro?... (*Tolpor, inmóvil, parece mirar delante de él y no responde*) ¿Has visto el mundo alguna vez?

TOLPOR: — Todo ciego se hizo ciego de llorar, buen labrador. Los ciegos de nacimiento lloraron mucho en otra vida.

HUACOPA: — ¿A un hombre cualquiera, a un ser ordinario como yo, le estaría permitido aspirar a ser mendigo?

TOLPOR: — Tendrías que vivir sin porvenir y sin pasado (*Por la izquierda viene una mujer, con un bato de ropa a la espalda y un niño de la mano. Tolpor, nervioso*) ¿Quién pasa por ahí?

HUACOPA: — Una mujer con su niño. (A la mujer) Apártate un poco, mujer... ¡es un mendigo! (*La mujer se aparta y se queda mirando a*

Tolpor)

LA MUJER, bajo, inclinándose: — Un mendigo...

HUACOPA, a la mujer: — Al llegar a tu morada, ofrece un pensamiento a tus antepasados fallecidos y que el niño ate a los tobillos del mayor de tus parientes dos soguillas de cabuya.

TOLPOR: — ¡No matar! ¡No mentir! ¡No estar ocioso! (*La mujer y el niño se van por la derecha*)

HUACOPA: — ¡Ama Sua! ¡Ama Llulla! ¡Ama Kella. (*Pausa de unos segundos*)

TOLPOR: — Oyeme, Huacopa, ¿cómo es la virgen que me da de beber por las mañanas, en la morada del recodo del camino? ¿Cómo es su rostro, su color?...

HUACOPA: — La virgen del recodo del camino... Hay en su rostro como el resplandor de un incendio lejano, y en sus brazos el livor escalofriante de la perla.

TOLPOR: — ¿Es alta? ¿Cómo mira? ¿Cómo anda?

HUACOPA: — La altura de una alpaca enamorada... de pestañas graves, fijas, como hilando irremediable nostalgia... su andar es manso y noble, como resbala un río en una pampa...

TOLPOR: — Hace ya tres soles que la oigo, que conversamos... Ayer nos internamos en el maizal, subimos un ribazo y quiso darme la mano...

HUACOPA: — ...es un alma triste, taciturna...

TOLPOR, bajando la voz: — Huacopa, yo quisiera confiarte algo a ti... a ti solo. (*El labrador se acerca y se dispone a oírle de cerca y muy atentamente. Tolpor, tras una vacilación*) Es un secreto de mendigo, Huacopa... ¡cuida que no salga de tu pecho!... ¡Ay de ti! ¡Ay de tu ayllu!

HUACOPA, *amedrentado*: — ¡Viracocha me proteja!

TOLPOR: — Sabes, Huacopa... Me parece conocerla, haberla visto, haberla oído, en otro tiempo... en otro mundo... Su voz, su aliento, el rumor de su sangre cuando calla, el estremecimiento de sus ropas, sus menores movimientos que me trae el aire, todo en ella me es como familiar, hasta podría decir íntimo .. ¿Me comprendes Huacopa?

HUACOPA: — Sí... Todo en ella es misterioso, cautivante. Se ignora todode ella, y toda de los suyos...

TOLPOR, *nervioso, exaltándose*: — ¡Oye, Huacopa! ¡Oye!... *(El labrador, de pronto, aterrado, escucha a Tolpor hablando consigo mismo)* ¡Deliro! ¡No! ¡Yo sueño! *(Permanece en suspenso, al poco rato lanza una sollozante queja. Huacopa, más aterrado, le mira sin comprender. Tolpor, dominando su profunda agitación y murmurando)* ¡Amigo huaylla, es ella! ¡Es ella! *(Un llanto le ahoga)* ¡Ella, amigo huaylla! ¡Ella!... ¡Ella!...

HUACOPA: — ¿Tal vez turbo tu sagrada desolación?...

TOLPOR, *cuya duda aumenta*: — ¿Es su alma? ¿Su alma hospedada en el cuerpo de otra virgen, que viene ahora a hablarme a mí... tan sólo a mí? *(Se pasa la mano por la frente, sofocado)* ¡Lo he sentido el mismo día en que me habló por primera vez! ¡Y lo siento cada vez que viene a mí!

HUACOPA: — Dicen que suele llorar...

TOLPOR, *con una convicción desesperada*: — ¿Qué milagro veo ante mí, Viracocha, que por ti me es dado? *(Solicitado al punto por opuestas perplejidades)* Pero... ¡me odia! A su Asesino... ¡Me odia! *(Nuevo cambio en sus reflexiones)* No... ¡No me equivoco... siente por mí un profundo interés!... ¡Me ama! ¡Me ama! ¿Esa compasión, esa piedad por mi ceguera, es afecto hacia el ser desconocido que, a sus ojos, soy ahora? ¿Ignora quién

fui en otro tiempo? ¿Lo sabe? ¿Lo sospecha?... ¿Es por eso que se siente atraída hacia mi sombra?

HUACOPA, *entre atónito y maravillado*: — Se llama Shura... y el nombre de su padre es Soljvilca...

TOLPOR: — ¿Shulca?... ¿Shulca?

HUACOPA: — Y según he oído vagamente, son de Nazca. (A esas palabras, Tolpor queda hundido en una mortal incertidumbre)

TOLPOR, *después de una pausa, completamente convencido de lo erróneo de sus esperanzas, con voz serena y como saliendo de una pesadilla*: — Amigo huayla... tenemos nosotros los mendigos, crueles alucinaciones...

UNA VOZ DE MUJER, *desde el fondo*: — ¡Huacopa! (*Tolpor tiene un sobresalto*) ¡Huacopa!

HUACOPA, *en voz alta*: — ¡Aquí! ¡Voy en seguida! (*En voz baja*) ¡Es ella! (*Sale por el foro. Tolpor se ha puesto bruscamente de pie. Se siente que alguien se aproxima. Aparece Kaura, unos leños en los brazos*)

KAURA: — ¡Ah! Estabais aquí... La madre de Huacopa lo busca. ¿Un bocado de charqui? ¿Un vaso de agua?

TOLPOR: — Nada... Nada... Sólo detenerte, sentarte, conversar un momento. Para un ciego, la impresión que se tiene de las gentes, es que pasan y nunca se detienen. (*Kaura se sienta; luego Tolpor*) Siéntate frente a mí como si mis ojos entrasen en los tuyos medio a medio...

KAURA: — Apenas contados soles hace que llegaste a nuestro ayllu y tu presencia ya extiende una gran paz en la comarca.

TOLPOR: — Te parece... Es la idea que os hacéis de nosotros.

KAURA, *pensativa, desgajando unas astillas de sus leños*: — Sí...

mi mata de ollucos, al crecer, da una yema en el tiempo de una espiga.

TOLPOR: — Así, virgen, alumbran a veces las tinieblas.

KAURA: — ¿Las tinieblas? ¿Por qué tinieblas? ¿Hubo algún desastre en tu origen sagrado? (*Tolpor, bruscamente retrotraído a la idea de Kaura, vuelve a sentirse invadido de gran ansiedad*) Todos, desconocido, cual más cual menos, somos ciegos. Las cegueras sólo varían. No hay más ceguera que la de no poder mirar hasta el fondo del pecho de todos nosotros. En tu pecho... qué sino viaja en tu pecho? ¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿A dónde vas? "Nos encontramos —decía un viejo amauta— nos miramos, nos hablamos, nos tocamos; luego, seguimos cada cual por su camino, ignorándonos unos a otros como antes". (*Pausa. Kaura se ha quedado mirando fijamente a Tolpor, como hipnotizada*)

TOLPOR, *tomando suavemente la cabeza de Kaura y acariciándole los cabellos, le habla como en un sueño:* — El sol se va, pastores... Va a llover... Os digo adiós...

KAURA: — Si, como tú dices, nadie te espera, ¿por qué, peregrino, por qué esa prisa?

TOLPOR: — Hay cegueras, virgen que tan solo se curan caminando...Quizá vuelva... He de volver... Siempre se vuelve, tarde o temprano, hasta sin saberlo! (*Breve pausa*) Descienden las cigarras en los céspedes... Adiós... Bien lo siento... no eres ella... Ella, no... Ella existía: tú no existes... no estás... Yo no te veo: a ella la veía... Pero, así fueses ella, el alma de ella, y me ignorases: tu piedad por mi fantasma, tu naciente pasión por el que soy ahora, las rehusó. Yo querría que ella amase al que la amaba, al que veía, al otro... ¡Al otro!... ¡Tanto la he llorado! ¡Hasta volverme ciego! (*Se levanta bruscamente, como puesta su silueta en el sol poniente*) ¡Luz de

mis ojos! ¿Dónde?... ¿Dónde?...

KAURA, *al mismo tiempo, también de pie, como ofuscada*: ¿Partes?
¿Ya partes? ¡Viracocha te ampare!

TOLPOR: — ¡Estrella que perdí... he de encontrarte! (*Avanzando hacia el sol que va ocultándose, brazos abiertos y a tientas*); He de encontrarte lejos! ¡Muy lejos! (*Alejándose de espaldas al público*) ¡Padre Sol, guíame! (*Kaura hunde la cabeza en las manos*) (*oscuridad*)

TELÓN

FIN

Índice

Personajes, por orden de entrada	4
ACTO PRIMERO	6
ACTO PRIMERO	12
ACTO PRIMERO	14
ACTO PRIMERO	18
ACTO PRIMERO	21
ACTO PRIMERO	24
ACTO SEGUNDO	31
ACTO SEGUNDO	36
ACTO SEGUNDO	46
ACTO TERCERO	48
ACTO TERCERO	56
ACTO TERCERO	67
ACTO TERCERO	75